

Raúl Salinas
de Gortari



Muerte calculada

Muerte calculada

México, 1980.

Índice

Afigúrese usted	5
El mitin	8
Un pajarito lindo con la cabecita verde	18
Ramón	22
Pill Rojo	32
Paseo de primavera	34
El culpable	40
Ya mi nada	46
Un día a las cuatro de la tarde	52
La abuela	54
Muerte calculada	60

Afigúrese ustedé

Así está la cosa:

En cuanto lo vi dije hora sí. Ya tenía yo rato andando; bueno, digamos días, pero pa qué contarlos, si da igual que fueran dos, tres o más. Pa onde jalara era lo mismo. Hartos carros, harta gente, retharto de todo.

 Pero en cuanto lo vi, como que algo me dijo: hora sí, estoy seguro que hora sí. Me le fui directito. Estaba parado muy quitadito de la pena. Aquí así. Mirando no sé qué para el lado de la calle. Me le fui sin tantear. A la primera se veía que no era de los nuestros: traiba zapatos y una cuera lo que se dice cosa chula, larguita, hasta aquí nomás, buena pal chaparrón, me hago de cuenta. Y pensándolo bien, sabe por qué la traiba si hacía buen sol.

 Ni me hice pacá o pallá, sino que en teniéndolo ya cerca le dije lo que era mi asunto. Y yo creo no me oyó porque se lo tuve que repetir. Nomás la cabeza meneó de nuevo. Ahí sí no supe si la meneó por lo del cigarro y entonces le volví a repetir: “¿oi-ga, no tiene chamba para mí?”

 Ahorita no, me dijo. Y yo pensé: bueno, si no es horita horita, no le hace, me espero. Pero como ya no dijo nada pues agarré el sombrero y le empecé

a dar vueltas y vueltas como sonso; como siguió sin decir nada pues le aventé la explicación. Sabe, le dije, no soy de por aquí de la ciudad, sino de lejos. Vengo de un lado de Celaya y me vine a chambaear. Y ahí usted dirá, le entramos a lo que diga.

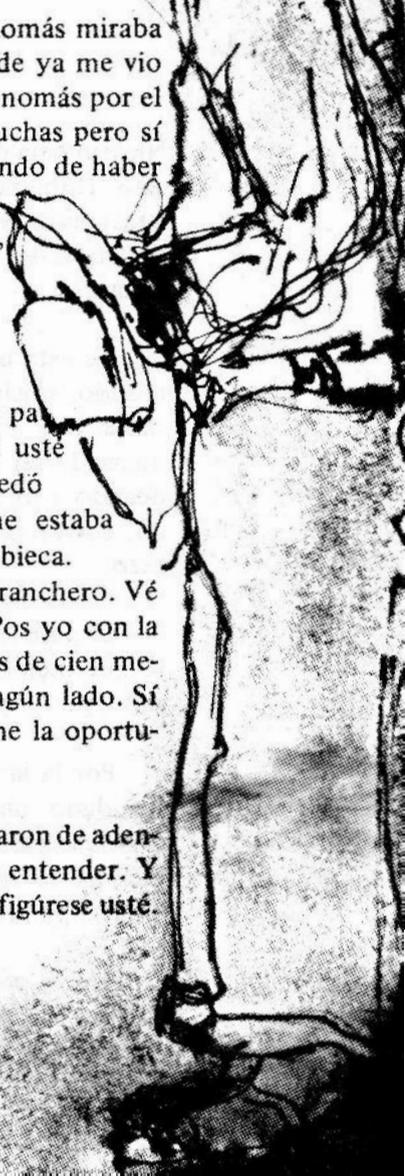
Se me quedó viendo como si no palabrara yo bien. Agarró el cigarro de nuevo, voltió así como quien dice patrás, pa ver la obra y me dijo: “no hay chamba, mano. Otro día”.

Yo como que sentí que lo que decía era y no era. Como que me estaba calando. Así que le volví a repetir de nuevo: lo que sea patrón. Usted dice y le entramos. Como no dijo nada yo seguí pensando que seguro me estaba nomás midiendo. Usted perdone—recomencé de vuelta, y el sombrero ya me andaba solo en las manos y también sentía cosa en los guarachos, como que querían andar, salir corriendo, ¿Pero pa dónde?—, usted perdone, me vine de por Guanajuato donde trabajaba la tierra con un tío, pero el maíz anda queriendo valer caro. Mi tío nomás me daba 25 pesos al día y me dijeron que acá dan cuando menos 100 de promedio diarios. Ora que no es fácil. Ya tengo días andando y preguntando y no hallo. Y donde la erré—y ahí sí se lo amacicé pa que me entendiera— fue en que me vine con todo y familia. Bueno, casi. Nomás la vieja y un chavalito: el chiquihuite. A los grandecitos, que son tres, los dejé donde la casa de mi mujer. Por eso ya me anda, señor, le dije.

Y yo creo que el hombre, que nomás miraba los guaraches y el sombrero, fue donde ya me vio apurado. Yo no me quería dejar ir así nomás por el camino de mis penas, que no son muchas pero sí parejas; y ya me andaba yo arrepintiéndome de haber sacado a la familia y la tierra y todo eso que es lo que se nombra necesidad, cuando el hombre me preguntó: “¿y qué sabes hacer, paisano”?

Yo sentí que la pura pregunta me daba fuerzas, así que quise nombrarle pa lo que uno es bueno. Clarito le dije: usted dirá patrón, soy ranchero. Se me quedó viendo de nuevo. Estoy seguro que me estaba calculando, a ver qué tanto tenía de babiaca. Así que le remaché: dirá señor, buen ranchero. Vé usted esta calle desde aquí hasta allá. Pos yo con la yunta le marco una raya derechita: más de cien metros sin irme ni paquí, ni pallá. Pa ningún lado. Sí señor, soy buen ranchero. Nomás deme la oportunidad y verá.

Pero no. Sabrá Dios qué cosa le gritaron de adentro que se metió sin decir viento que entender. Y ya son muchos días. Así está la cosa. Afígrese usted.



Nicasio baja del monte rompiendo en dos la mañana azul. Hubiera podido decirse que aquél era un amanecer puro, virginal, si no fuera porque unos cuantos rayos del macho sol lo habían violado hacía unos instantes.

De esta hermosa cópula nacía un nuevo día. El mundo, orgánico, total, dejaba oír sus ruidos. Sus moléculas – pájaro aleteaban, como festejando la dicha de ser una pequeña humedad la risonosa bordeando a un gran ojo de luz. El viento suave y fresco, corría entre los árboles como un solemne bostezo.

El paso firme del hombre era, sobre la superficie, lo que mejor podía percibirse. Rítmico y acompañado, juez y parte de aquel nuevo amanecer.

Por la ladera baja Nicasio y todo parece decir: “cuidado, ahí viene”. El pájaro huye, la codorniz observa inmóvil y hasta la bruma se alza buscando guarecerse en las copas de los árboles, para que el cuerpo presente y extraño no la roce.

Por la pendiente deja el hombre caer su andar. No hay camino. Nicasio zigzaguea dejando de lado un árbol, a la izquierda una piedra, a la derecha un barranco. No hay vereda; Nicasio sigue sólo a sus

pensamientos. Ellos conocen bien aquel lugar, lo han andado y desandado muchas veces, unas para ir, otras para venir.

A media montaña termina el bosque y asoman los maizales.

Del fondo subía el murmullo del pueblo: vacas, gallos, puercos y un burro que, orgulloso de serlo, rebuznaba de la manera menos melódica posible. Al otro lado del valle relumbraba el río, serpiente tornasol. De la orilla opuesta subía de nuevo la montaña, neciando en alcanzar las nubes. La vista se deslizaba redonda sobre una primera cadena de cerros y bosques con color de vida, para dar con otra menos verde y más pedregosa, y después con otra prácticamente café. Más allá, la luz mentía dulcemente, ofreciendo una formación azulada; y todavía más allá el fin se confundía con el principio en la más remota lejanía.

En la frontera de colores verdes (áspero el del monte, suave el de las plantas domésticas), disminuyó hasta perderse el sin cadencia y acompasado cantar del monte —ronroneo de la gata naturaleza— y comenzó, cada vez más atrevido y cada vez menos considerado con el oído, el rítmico, monótono y altisonante barullo del pueblo, del hombre.

Una carreta se queja de tener que ir nuevamente a trabajar, los patos graznan como si se fuera a secar

el mar, el burro insiste en su poesía y un niño llora sin cesar.

Al tropezar con una piedra recordó Nicasio el día en que cargaba a su hijo enfermo. Sintió como una descarga al revivir todo aquello: la bajada, cada vez más empinada con el niño a cuestas, la lluvia chorreándole por el pelo, por la cara, por todo el cuerpo, pero sobre todo empapándole los guaraches, haciendo de aquel terreno de arcilla un jabonoso infierno.

El hijo no dejaba de llorar, molesto por la fiebre, y él sabía que con aquella lluvia se le ponía peor. A cada caída maldecía al cielo, maldecía el que no hubiera un camino, se quejaba, con ese intenso odio que engendra la impotencia, de que a su ranchería no llegara nunca un doctor, maldecía a su pobre tierra que no le daba "sino pa aguantar las penas".

Siempre había deseado salir de ahí, largarse a otro lado, tener un trabajo. Aquí, sólo tenía un pedazo de tierra que le daba para no morir de hambre, pero siempre poco, bien poco, como para no poder irse, como para no poder llevar a otro sitio a su familia, como para ser esclavo de las dos fanegas de cada año. Limosnero de frutos, leños y cariños, para Nicasio



el monte era siempre noble y severo. Mano tendida y golpe implacable.

El mayor, un hombre ya a los catorce años, le ayudaba, “desde que apenas pudo”, a limpiar el campo, a desenraizar, a ir echando los granitos de esperanza en cada hoyo que él hacía en la tierra; arduo trabajo, hecho más para pagar deudas de hambres que para el futuro. Como todos los “grandecitos” de por ahí, debía ayudar al sostén de la familia “de a juerzas”. Pero para el segundo, el más avisgado, deseaba una cosa mejor: quería “que tuviera saber, como los de allá abajo”. Así que lo había enviado con una pariente que trabajaba de sirvienta en la cabecera municipal. “Pa quel escuincle vaya a la escuela y no sea tan burro como su padre”, decía.

Aquella criatura, a cuyo llanto parecía no atender aunque en verdad le desgarraba el alma, era precisamente el segundo de sus hijos, su consentido.

Sin embargo, el niño anduvo de escuela en escuela, porque a la mujer que lo cuidaba la corrían los patrones “quesque porque era muy tragona y todos los días quería desayunar un huevo, y ¡hasta leche!”. Así que a sus once años, aquel hijo que despertaba tantas ilusiones en el padre campesino, apenas había llegado al segundo año.

A Nicasio, tanto como las caídas en aquella lluvia de maldición, le dolió el tener que traerlo de

vuelta al rancho a cuidar a sus hermanitos y a los animales: el puerco y su ronquera, los pollos y su susto, y unos guajolotes estúpidos que en el patio, en la cocina y en el hacer ruido se confundían y mezclaban con los niños de ojos oscuros y lagrimosos, de delgados miembros y abultado vientre.

La madre murió del sexto parto. A los niños los cuidaba la hermana de Nicasio. Ella todo el día se quejaba de los ires y venires, de los chillidos y las hambres, así que la mano no le temblaba para, con certeza, como una lanceta soltar el bofetón. Una vez aplicada la medicina infantil, la convalecencia femenina consistía en gritar y andar por el ranchito como gallina clueca que nunca hubiera conocido gallo.

A Nicasio la pendiente de la montaña le susurraba secretos y recuerdos. Todo volvía a su mente en esta empinadera, símbolo de su vida, siempre difícil, siempre de bajada: si te descuidas ruedas y si te arrepientes de seguir adelante es peor, volteas y todo es cuesta arriba. Una y otra vez había subido y bajado, “veces pa comprar, veces pa llevar un enfermo, veces pa pedir prestado y veces pa mercar”. Una y otra vez había tenido esperanzas: “se me hace que hora sí”, suspiraba, imaginaba, pedía, pero algo se atrevesaba siempre como para recordarle el sermón del cura: “a este mundo venimos a sufrir, a pagar. El murió por nosotros y esto de vivir es una prueba”. Y así la vida: ninguno de sus hijos fue a la

escuela por más de dos años; el maíz siempre daba, pero nunca lo suficiente para pagar las deudas. Mientras, los animalitos “comiendo en veces tanto como uno”, como decía.

De tanto andar y pensar casi se le escapa que ya entraba al pueblo. Fue el alto parlante —que, como una voz de otro mundo, hace chiquito a cualquiera— lo que lo volvió a su más inmediata realidad: el caminar de sus pasos, el rechinar de sus guaraches. En el centro del pequeño zócalo pueblerino se levanta la iglesia, siempre inconclusa, poblada de enlutadas mujeres que algo parece que andan buscando —quizá la dicha— porque sus ojos no cesan de recorrer el suelo. A un lado del templo, la presidencia municipal. Enfrente, las cantinas y el billar.

Era día de fiesta y la gente recorría las calles festejando. La plaza lucía como nunca, toda adornada, los árboles y los postes abrazados con listones. Las jovencitas ofrecían flores y el altoparlante carne fresca, cerveza y el convite para que el pueblo cintero acudiera al mitin anunciado.

Nicasio, cauteloso en aquel centro social testigo de alborotos y descalabros, fue acomodándose en una esquina junto a las mesas y sillas que formaban la tribuna y que habían sido ofrecidas por la cervecería “Corona”, de la que el señor presidente municipal era el dinámico representante. “El comercio es civilización” apuntaba el distinguido funcionario.

haciendo luego una pausa que exigía el aplauso, antes de continuar con el más que trillado discurso acerca de su “contribución al desarrollo del pueblo”.

Nicasio, en cuclillas, dejaba mientras tanto pasar el tiempo de los otros. Observaba el ir y venir de los señores con zapatos —unos cafés y otros negros, pero todos puntiagudos— que agitados acomodaban aquí un micrófono, allá unas flores; frente a la gran mesa, los trabajadores del rancho del presidente municipal alzaban una manta garabateada con grandes letras rojas: “Bienvenido guía y servidor del pueblo”.

A la segunda “b” de bienvenido se le notaba el parche, la labiodental sobre la de burro. Esto había indignado al viejo político, quien al percatarse de tal pifia protestó rabiando: “sólo a los analfabetas les pasan estas cosas”. Aunque él mismo, sin decirlo, aceptaba su incultura. Cuando un tipo en la ciudad le señaló un día, aludiendo a su incapacidad para entender cierto problema, que la ignorancia no se colma con buena ortografía, él, alzándose de hombros, se retiró pensando: “nunca fui a la secundaria”.

Nicasio asistía al mitin por tres razones: uno, porque le habían dicho que lo hiciera y no quería que lo vieran mal, dos porque era domingo y no había otra cosa que hacer, y tres porque pensaba que a lo mejor le tocaba algo. Esto último, porque dos años atrás, también en un mitin, a un compadre

suyo le habían dado tortas y cerveza sólo por gritar: “viva don Rogelio Manrique”. Por cierto que en aquella ocasión, según le contaron luego, todo iba bien hasta que unos empezaron a vociferar: “viva don Eugenio”; otros más, ya acalorados y muy dueños de su papel, contestaron más fuerte, con ganas de callar a los primeros: “viva don Enrique”. A los vivas sucedió un “cabrones”; al cabrones siguieron los golpes y a los golpes la policía, que fue a dar con algunos “eugenistas” y “enriquistas” a la cárcel. Entre ellos se contaba al compadre, quien relataba todo esto como quien narra una larga campaña política.

El diputado había llegado el día anterior. Se hospedaba en casa de don Carlos, un antiguo comerciante que, valiéndose de “los negocios” se había ido haciendo de unas tierritas aquí y un ranchito allá, hasta convertirse en padrino de varios niños, compadre de algunos advenedizos y azote de muchos que como Nicasio viven de su trabajo. Los dueños de pequeñas tierras habían ido cediendo y rentando sus parcelas al amable y sonriente don Carlos, quien ahora podía con orgullo alojar a su querido compadre (“faltaba menos”) el diputado.

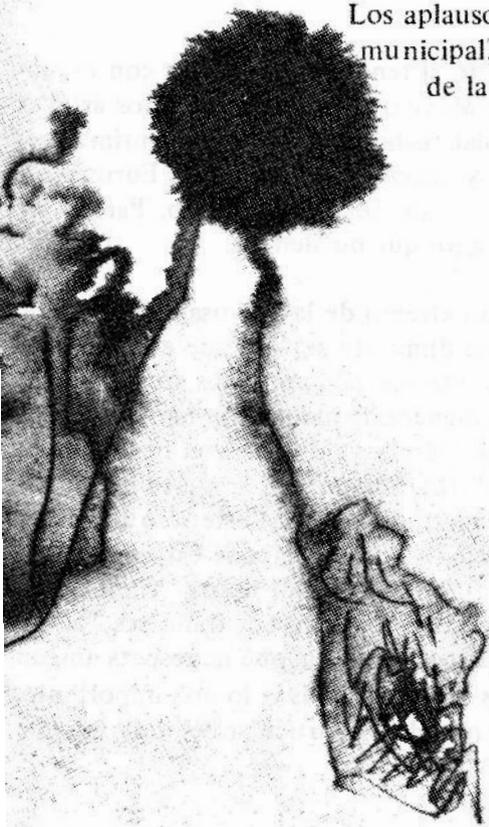
Rumbo al mitin, el presidente municipal, representante, como está dicho, de la cerveza “Corona”, dueño de la gasolinera, ranchero y también compadre de don Carlos, éste y el diputado, caminaron, abrazados entre sí, acompañados de las bellas seño-

ritas del pueblo. Ellos sonrisa en boca, ellas clavel a la oreja, desfilaron alrededor de la plaza entre aplausos y vivas. Las cabezas, bien erguidas, se inclinaron sólo para saludar con reverente sonrisa al “señor cura”. Nuevas sonrisas, éstas de orgullo, de desbordada vanidad, surgieron a la hora en que, en medio del esforzado aplauso de los de la manta, se acomodaron en la tribuna. Enseguida el diputado, carraspeando, sugirió silencio. Luego largó uno de aquellos prolongados discursos cuyo contenido, dudoso y retorcido, nadie comprendía; todos, sin embargo, lo seguían conmovidos, llevados por las sinuosas ondulaciones de la voz, en actitud semejante a la de quien escucha embelesado las huecas pero siempre aplaudidas sonoridades del bolero de Ravel. Las señoras paladeaban frases. Con los ojos húmedos lo veían gesticular, alzando la voz, extendiendo los brazos hacia ellas: “ante ustedes no soy más que el hijo que se postra ante la madre, madres mexicanas que han sabido acompañar a México en su historia, durante nuestra sagrada Revolución, madres abnegadas a las que todo debemos. . .” Iba a continuar pero el aplauso del público en pie lo interrumpió. El de Nicasio era acción pasiva; aplaudía por educación más que por responder a todo aquel artificio de palabras: “como dijo Platón el sabio romano”, “la madre patria que es toda suave”.

Nicasio aplaudía en cuclillas, en su lejano rincón. Aplaudía con un ritmo ausente, apagado, con las manos recias pero cansadas, casi sin vida. “Soy el

servidor de ustedes”, repetía aquel hombre lejano, extraño en el hablar y en el vestir. “A ustedes me debo” hacía eco el magnavoz. “Me he comprometido y cumpliré”. “Estamos aquí para defender la democracia social, para defender lo mejor y más hermoso que tenemos aquí: para defender su libertad. Para lograr que si un día sus hijos son pintores, pinten lo que quieran, para defender su libre derecho de viajar, de invertir, de progresar”.

Los aplausos se prolongaron. El presidente municipal, don Carlos y varios ganaderos de la región partieron con el orador, entre vítores y palmadas.



Un pajarito lindo con la cabecita verde

Quizá por la calentura, veo la tarde un poco más triste, más alejada. Esta vez no me importa que el cristal esté sucio, chorreado, pues sólo permite que el viento que juega con las hojas también se vista de gris.

Me pregunto si tendrá esto que ver con el sub-desarrollo: en México el viento sopla y los árboles sueltan sus palabras-hojas al inicio de la primavera, entre febrero y marzo. En cambio en Europa, tal como debe ser, esto sucede en otoño. Parece ser que sólo es con los que pueden ser.

En el otro extremo de la polvosa calle aparece Guillermo. Qué diminuto se vé desde este segundo piso. Siempre aparece por entre los tres o cuatro árboles que a manera de parque nos han dejado los fraccionadores: "áreas verdes para el beneficio de los habitantes", las llaman. No importa que el 95 por ciento restante de la ciudad esté sólo adornado de sucio pavimento, coches, cláxons, estacionamientos y altos edificios cada día distintos. "C'est Chouette", me dijo un día una pareja de franceses. "México tiene su particular belleza, que no respeta ningún estilo, que los modifica todos y, lo más importante, que todos los mezcla". ¡Particular belleza!, me dije

al mirar una enorme torre de cristal que remataba con gárgolas tipo serpiente emplumada.

Por cierto, cada vez que Guillermo y yo pasamos junto al edificio nos miramos, levantamos los hombros y resignadamente decimos: “C’ est Chouette”.

Ahora lo veo molestarse porque los autos no lo dejan cruzar. Siempre llega “echando madres”, como él mismo dice. Tiene razón, pero desde que se inventaron los coches se produjeron las distancias, y ahora no hay más remedio que utilizarlos. Nos pasó lo mismo con el tiempo: desde que hay relojes todo mundo llega tarde.

Me preocupó Guillermo la otra noche, hace unas semanas. Como tantas otras noches, antes de pasar por mi cueva, como le llamamos, hizo escala en una cantina y llegó tomado. Sólo que esta vez mostraba algo diferente: Sus ojos claros, normalmente inteligentes detrás de los anteojos, lucían apagados, borrosos, en primer plano, sin profundidad. Media hora estuvo llorando. “Es porque mi mujer desde hace dos años no quiere ya vivir conmigo”, decía. De pronto interrumpió esa cantinela. “A la chingada”, dijo, y allí se estuvo, riendo estúpidamente, durante varios minutos. Luego, elaboró un largo discurso de incoherencias y por fin se quedó dormido. Un par de horas más tarde volvió en sí, empapado en su propia vasca y sin poder recordar nada.

Tuvimos al día siguiente una agria discusión: él trataba de convencerme de que al beber se le ocurrían grandes cosas; yo le alegaba que aquello no era más que un justificante, por lo demás trillado, y que decididamente estaba en el camino del alcoholismo. Terminó diciendo que no existía nada que le interesara, que lo motivara. Estrelló la puerta y se escapó gritando: “la vida vale madres”.

Por eso hoy que ha llegado a sentarse frente a mí en su habitual lugar, frente a la ventana, nos miramos como sobreentendiendo que hay que olvidar, comenzar de nuevo. Me cuenta, entusiasmado como un muchacho, que tiene una amiga; que él la busca y ella muestra interés; que es muy joven, y su mirada franca y transparente. “Sus bromas son inocentes y su picardía y su risa son una cascada de agua fresca que me hace bien feliz”. “Hubo un momento en que temí parecer ridículo al ir brincoteando por la banqueta, de su mano, tratando de subir y bajar a contratiempo, riendo cada vez que fracasábamos”. “Sobre todo, me gusta profundamente esta humana sensación de esperanza, estas ganas de ver hacia adelante, de pensar en ella cuando no está junto a mí, de ir a buscarla a la salida de la “prepa”, de verla con su suéter y su minifalda, tan niña y tan mujer”.

Y ahora me burlo de él, con cariño y amistad, con la sonrisa en las manos y el abrazo en la mirada. Me burlo porque por más esfuerzo que hago no

puedo ver “el pajarito lindo con la cabecita verde”
que, desde hace unos segundos, se afana en mos-
trarme señalándome los árboles frente a la ventana.
“Entre la segunda y la tercera rama, te lo juro”. Yo
no veo nada, pero sé que él sí.

México, 1976



Siempre se sintió un poco frustrado por no poder ser un romántico, pero era inútil, no le salía, sobre todo no le salía de manera natural. El día en que escribió algo que él llamó unos versos, le resultaron tan acartonados que hacían crujir el papel. Simplemente no traducían lo que sentía —y él sabía que era mucho.

Esta vez buscaba las palabras como mero pretexto para que las miradas se cruzaran. Poder hablarle con los ojos, lenguaje que lo sentía, empleaba con mucha más eficacia.

Así que suave, lentamente, casi arrastrando las palabras como para que cada letra, cada sílaba tuviera un valor, de tal forma que lo que fuera a expresar, aunque llano y obvio, al menos se escuchara envuelto en un velo de ternura, fue volviendo un poco la cabeza y se atrevió a decir:

—Oye, Virgina, ¿sabes?

—¿Qué? —respondió ella, con la palabra en la mano, como ofreciéndole algo que desde mucho antes debió darle.

—Es que lo que dijiste hace unos días me parece muy importante. —¿Lo que dije hace unos días?—

sonrió ella un poco desconcertada. —Sí, afirmó él sintiendo que esta vez no la dejaría escapar. Sí, he estado pensando en todas tus palabras durante muchos días, las pienso una y otra vez y cada una de ellas me hace feliz, muy feliz, inmensamente feliz.

Ella lo miró profundamente, con lo que Ramón se sintió halagado, y se lanzó a verter la cascada de pensamientos que lo habían inundado hasta casi ahogarlo.

—Deveritas, Virginia. No sé cómo, en qué momento, pero me enamoré de tí.

—Ramón. . .

—No, espera— susurró él, enamorado, poniendo su índice sobre los rojos labios de su amada. Deja que te diga todo lo que durante la última semana me ha tenido en suspenso, matándome y haciéndome vivir como un atardecer fascinante y cruel que, al tiempo que te lleva a regiones de paz y de dulzura, te recuerda incisivo que ha pasado otro día y estás feliz de vivir aunque esto sea irse consumiendo.

—Dices cosas muy bonitas que me llenan como mujer.

—La que dice cosas bonitas eres tú. Por eso nació todo esto. He querido decírtelo antes, pero no

me había atrevido, tenía miedo. ¿Recuerdas aquel día en que al salir del trabajo subimos al camión juntos, solos tú y yo? ¿Recuerdas que, platicando, de una manera muy espontánea y con una sonrisa en los labios me dijiste que te gustaba charlar conmigo, que yo era diferente?

—Sí, te dije lo que pensaba, que eras muy sensible.

—No necesitas volver a decirlo, me lo he repetido mil veces durante todos estos días, durante muchas noches. Tú sí me conoces Vir. Me eres muy importante. Virginia, te quiero.

—Ramón. Yo también te q. . .

¡Ah sí! ¡Seguro, güey! —Se reprochó Ramón dándose golpecitos en las mejillas, alternando las manos, sentándose en la cama y reprendiéndose por dejarse llevar de manera tan fácil por sus pensamientos (o por sus sueños, más que por sus pensamientos, pues aún no se atrevía a pensar que ella lo quisiese).

Como siempre que piensas tan intensamente en ella acabas autoconvenciéndote de cualquier cosa, de que te adora. ¡Qué fácil!

Suerte —se previno— que no te has creído que puedas importarle ni un comino, pues correrías el

riesgo de tomar una decisión fatal y de no conocer ya nunca la verdad. Estúpido —se recriminó una vez más—, estúpido, no has tenido ni el valor de volver a dirigirte a ella desde aquel día. Te limitas a saludarla y sonreírle con la expresión más idiota de que eres capaz. Seguro piensa que eres retrasado mental o maricón.

Caray —suspiró a los pocos minutos, ya un poco más tranquilo, con intención de disculparse—, me imagino tantas cosas, he vivido tanto ese momento. . . Estoy seguro que una vez que logre empezar a hablarle podré decirle todo lo que he sentido, planeado, imaginado.

Incluso, tal vez se me ocurra algo romántico, de muy adentro; todo está en empezar. Quizá en vez de iniciar con un: “oye Virginia, ¿sabes?” debería intentar algo más natural, más espontáneo, como es ella. Quizá pudiera balancearme al ritmo del camión y sonreír, como hace ella. Todo le sale tan sencillo, todo en ella es tan instintivo: la forma en que saluda a todo el mundo en la oficina, la manera en que camina, ligera, alegre, sonriente. . .

Creo que podría empezar de esta forma: “Tan linda sonrisa como siempre Virginia”. No, sin el Virginia, lo hace muy formal, seco. Simplemente acercarme con aquello de: “tan linda sonrisa como siempre”, lo que ya hace alusión a que su sonrisa me gusta. Debo sonreír yo también, que me brillen

los ojos un poco pícaramente, aunque no demasiado. A ella también le brillan los ojos. Mucho, sobre todo cuando sonrío y entreabre los labios.

Sí, sí, sí, mañana en cuanto la vea le diré: “tan linda sonrisa como siempre”. Suena bien, suena bonito.

Por lo pronto ya debería estar dormido, mañana voy a tener cara de idiota o de trasnochado y seguro va a pensar otra cosa. Tengo que estar antes que ella en la parada del camión. Si se lo puedo decir temprano tendrá tiempo durante el día para pensarlo y, probablemente, o mejor dicho, seguramente, al salir tomaremos un café o algo. Ya el día que hablamos se lo propuse, pero ella contestó: “mejor mañana, hoy no puedo”. Mañana. . . mañana.

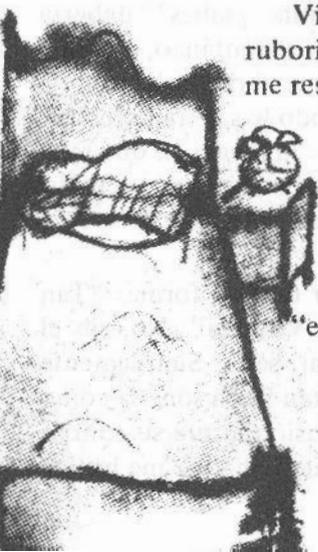
Virginia, con su sonrisa linda como siempre, se ruborizará al escuchar mis dulces circunloquios y me responderá tibia, suavemente:

—Ramón, qué galante.

—Deveras —le diré desde muy adentro—, me gusta tu sonrisa, espontánea y juvenil.

—Ay Ramón, “espontánea y juvenil”. Siempre encuentras las palabras adecuadas, la frase exacta.

—No Vir. No es el poeta el que hace la poesía, es la poesía la que hace al poeta.



—Ramón, ¡qué bonito!

—Bonito, belleza. Espontánea y juvenil belleza, eso eres tú, toda tú. Tu sonrisa, tu andar, tus brazos. Creo que a tu lado sería siempre joven. No necesitaría sino el brillo de tus ojos cada mañana para rejuvenecer. ¡Ay!, revivir cada día la plenitud de este instante y cada vez volvernos a enamorar. . .

— ¡Volvemos!— se gritó Ramón con sorna y recomenzó el reproche, el regaño, la perorata: Ya estoy hablando en plural otra vez; todavía no sé si hablaré siquiera con ella y ya estoy planeando y viviendo nuestro futuro. Tengo que dormirme ya, pero ya, se dijo desesperado. Miro su cuarto abandonado a la penumbra y giró colocándose de costado en la cama, procurando quedar de cara al reloj, pues en el fondo tenía miedo, temor de quedarse dormido.

—Tengo que estar descansado— se dijo una vez más. No me perdonaría nunca llegar mañana retardado. ¡Qué horrible sería llegar después de la hora! No, ni pensarlo. Todo se vendría a pique. Entre otras cosas, en la oficina volverían a regañarme por impuntual. No, no, debo verme bien. Necesito dormir —se repetía jalando la colcha que ya prácticamente andaba por el suelo.

Debo verme lo mejor posible —continuó, después de levantar las cobijas, y empujar las sábanas

con los pies, pues ya había desfajado por completo la cama. Incluso —siguió dudando—, no sé si ponerme la corbata roja a cuadros; no estoy muy seguro de que vaya bien con la camisa azul. Siempre me han dicho que no luce nada mal, pero no sé si a ella pueda gustarle. Espero que sí, el traje azul es el mejor que tengo. Es la base. La camisa azul le queda bien y el azul con rojo siempre se lleva. . . creo que está bien. Por otra parte, rojo y azul son los colores de la bandera francesa y ella siempre ha dicho que prefiere la cultura europea, que los americanos le desagradan, fundamentalmente por incultos, por su actitud de nuevos ricos, por imperialistas. En fin, espero que ella lleve también alguna prenda azul; es mejor verse bien como pareja. . . No sé si la he soñado toda la noche o si es que no he dejado de pensar en ella; lo cierto es que el despertador ya va a sonar y lo mejor es que me levante de una buena vez. Me pegaría un tiro si me quedara dormido.

Voy a hacer gimnasia —se dijo mientras se incorporaba medio grogui y se dirigía a la regadera corajeando y quejándose para adentro, a causa del golpe que sufrió contra la pata de la cama el dedo chiquito de su pie izquierdo. Ya bañado se sintió optimista. Se preparó un fuerte café y lo saboreó pensando en su sabor distinto.

¿Seré hoy diferente? —se preguntó. Y al instante, frente al espejo se respondía: la vida es así, todo cambia en un segundo, parece que *el momento* no

va a llegar nunca, pero cuando llega pasa tan inadvertido, tan normal, tan fácil, rodeado de actos tan intrascendentes y habituales. . . Parece mentira que este día sea distinto —le dijo al espejo, como diciendo “tú no entiendes porque no has vivido” Parece mentira —dijo luego, para sí, pero hasta la corbata luce como otra. Visto el mismo traje, calzo los mismos zapatos, soy yo mismo. Me siento tan cambiado, como si toda la noche hubiera caminado hacia un tiempo distinto; soy otro.

Salió y aún frente a la puerta se detuvo a sentir la bocanada de aire fresco y puro que la limpia mañana le brindaba. Ahora no recordaba los días (el de ayer incluso) en que como cumpliendo con una tarea maldecía la calle, el barrio, el ruido, los camiones, el smog. Hoy el tiempo, el sol, el aire, la luz, la vida toda, le pertenecían.

Con un gesto antable se dirigió a una vecina a quien normalmente ni siquiera miraba. Saludó a todo: los árboles, los postes, los increíbles pájaros urbanos; incluso a un charco de agua en el que vanidosa pero inútilmente quiso mirar su imagen.

Peor para ti, charco —dijo. No sabes lo que dejas de reflejar el día de hoy.

Caminaba distinto, como en las suelas y el pavimento se chichearan “¿ya viste?”.



Siento —pensó—, como que piso más firme, diferente. Estoy seguro que nunca me había volteado a ver a nadie, y hoy cuando menos he cruzado la mirada con cuatro gentes. Yo no los recuerdo, pero por la insistencia con que me han mirado juraría que ellos sí me conocen. Veo todo tan cambiado. Estas calles, estas casas, estos árboles ¿serán los mismos? Hoy empieza una nueva vida, una forma diversa de ver, de sentir, de vivir las cosas. En otra ocasión hubiera tomado este autobús. Hoy no. Hoy es distinto. Hoy el tiempo no cuenta aunque estos minutos sean eternos.

Debo estar tranquilo, ya me vio —dijo con la femenina imagen en la pupila. Estoy seguro. Deben haber llamado su atención mi traje y mi corbata. Casi nunca me las pongo. Camina, ven —susurró. Déjame decirte que ésta es una enorme mañana. Una linda mañana, una linda sonrisa. “Tan linda sonrisa como siempre”. No, creo que no debo empezar así. Empezaré un poco más natural —se convenció, estirándose el traje por un lado con la mano derecha, pues lo sentía como chueco. De pronto ella estaba ya a sólo unos pasos; caminaba despacio, muy despacio, tal vez demasiado despacio. Al fin los labios, tantas veces invocados, se entreabrieron (aunque sin la bella sonrisa) y lenta, casi cansadamente dejaron escurrir un “buenos días Ramoncito”.

— Qué tal Virginia, ¿cómo estás? —dijo él, estirando la mano. Ella no la tomó, ni tan sólo la vio,

pues ya había empezado a responder algo con voz monótona y débil, como rezando:

—Triste, muy triste.

—¿Y por qué? ¿Cómo triste?

—Sí Ramón, ayer me enojé con mi novio y esperaba verlo esta mañana, pero no vino.

—¿Con tu novio?— dijo él desde su traje y su corbata, desde su charco, desde su espejo, desde su almohada, desde su noche.

—Sí, mi novio. ¿No sabías que tenía novio?

—No.

—¿Te sorprende Ramoncito? ¿Por qué?

—No, por nada.

—Discúlpame —dijo ella, poniéndole una mano sobre el hombro izquierdo, y él revivió por un segundo, reconfortado por aquel fulminante flechazo de esperanza.

—Discúlpame en la oficina. Di que estoy enferma. No voy a ir. Me siento muy mal. Ahí está el camión. Discúlpame en la oficina, por favor.

El vehículo se detuvo como un terrible cómplice; abrió la puerta y Ramón mecánico, Ramón estático vio frente a él el hueco por donde siempre se le fugaba la vida. Ya iba a poner un pie en el estribo cuando oyó un “adiós Ramoncito”, lejano, opaco y distante.



Persistente murmullo permite apenas reconocer, aquí, allá, unas cuantas palabras. El restaurante, amplio, se encuentra prácticamente lleno. La alfombra, vieja y azul, se moja frente a la puerta de entrada. Afuera llueve. Llueve de la misma forma en que se empapa Gilberto: a lo tonto.

Gilberto se decide a entrar. Recorre, primero físicamente, luego con la mirada, los tres salones que semidivididos por mamparas transparentes integran la totalidad del área ocupada. Descubre, al fondo de uno de ellos, un lugar donde sentarse.

El té que le han servido está casi frío: Le da igual: en realidad lo único que importa es verla llegar. Todo a su alrededor es inútil. Olas de ruido le ayudan a columpiarse en un vaivén de anonimato.

No quisiera encontrar conocido alguno; ahora todo transcurre para y hacia ella. Mientras toma una servilleta y algo escribe en ella. Amor es la línea que mancha la servilleta.

Ahora la ve llegar. Más hermosa que nunca. Un gesto impreciso la entorna misteriosamente. Ella se vuelve. Lo busca en el salón contiguo. Su talle, de espaldas, delinea contornos suaves y simétricos. Ella busca infructuosamente. Se arregla el pelo con cierto desenfado. Con la mirada recorre los salones de un lado a otro. Triste, da medio giro y abandona el lugar. Con paso lento. Gilberto no ha movido un músculo, parpadea apenas. La ve alejarse.



Paseo de primavera

El calor que subía de la calle propiciaba que la vista equivocara las distancias.

Ondas de diferente temperatura provocaban la visión de un asfalto ondulante al contacto de los pies y de la vista.

Los niños pidieron salir desde temprano para ir al otro lado del zoológico. Deseaban realmente ir a verlo. Pero los padres tomaron más de dos horas en descender desde lo alto del piso en que habitaban. El ascensor, una vez más, estaba descompuesto.

Los doscientos seis millones de habitantes de la ciudad habían decidido, al parecer, dirigirse todos al mismo lugar. Un millón de personas abordó el metro-bus durante el recorrido de la joven familia, cuya mirada gris semejava el color de los cientos de edificios de cemento que la rodeaban.

El gobierno había dictado ya las disposiciones consecuentes con la época del año. Así que todo mundo vestía de colores claros, con objeto de repeler hacia la atmósfera la creciente temperatura que reinaba en los primeros cincuenta metros de altura sobre el nivel del suelo. Semejante a una baba enorme, la masa de gente envuelta en sus blancas túnicas se deslizaba por entre las calles de la ciudad. Subía,

bajaba banquetas y escaleras, escurría espesamente de todo tipo de transportes. Al eventual visitante llamaba sobre todo la atención el continuo repicar de aquellos zapatonos altos, obligatorios, construidos de la firme rurita. Este material permitía aislar, térmicamente, los pies del candente suelo.

En la estación donde descendieron, se arremolinaban junto a ellos doscientas treinta y cuatro mil gentes con su boleto en la mano. Querían todos entrar a la vez por la gran escalinata que permitía el acceso a un amplio estrado construido de un material rígido, que hacía aún más ruidoso el caminar de todos aquellos ciudadanos. El clap clap clap reproducido por cientos de miles, provocaba un repicar ensordecedor que obligaba a la gente a comunicarse prácticamente a señas, con movimientos de manos y cabeza.

El ruido producido por los niños en ágil movimiento, recordaba el de una ametralladora. Tironeaban de manos y brazos a sus padres, con objeto de pasar rápidamente por el zoológico y dirigirse hacia el sitio donde se encontraba.

Pasaron frente a las jaulas de los gatos y a poco dejaron de lado la de los extraños pájaros llamados gorriones. Más adelante, por aquel corredor del zoológico, llegaron acompañados por poco más de cincuenta mil gentes a la jaula de los perros. Era necesario un ingenioso juego de cientos y cientos de

espejos, para que todos pudieran tener alguna visión de los animales, que por lo demás, de hecho, nadie podía ver en forma directa.

Si no se llegaba entre las dos o tres de la mañana, lo normal era encontrarse con diez mil o veinte mil gentes delante de uno, tratando de observar este o aquel perro. Los niños se quedaron viendo unos instantes a los espejos. Pero el can de manchas y orejas gachas no era, ese día, el principal atractivo. Pronto perdieron el poco interés que en un momento tuvieron; desganados, hicieron gestos simulando lanzar unos pedazos de plástico antividrio, que imitaban carne. La imagen tantas veces reflejada reaccionó apenas, ligeramente confundida: varios cientos de visitantes habían hecho lo mismo a la vez. Los niños terminaron perdiendo totalmente la paciencia; jalaron de los blancos mantos de sus padres y siguieron avanzando hasta dejar atrás a la multitud.

Por fin llegaron al sitio. Definitivamente había sido un acierto total el ser previsor y haber sacado, hacía cinco meses y medio, los boletos para poder verlo ese día. ¡Qué suerte, tenían el cinco mil uno, cinco mil dos, cinco mil tres y cinco mil cuatro. Serían de los primeros! Pasaron por la cámara de cambio ambiental donde, entre otras operaciones, les colocaron sus mascarillas para evitar toda contaminación que pudiera ponerlo en peligro. A los niños les quedaban un poco grandes. Nerviosos se las pu-

sieron, un poco jugueteando y un poco rechazándolas. Pero era tal su interés, habían oído de él tantas y tan diversas descripciones en la escuela, que no querían perder esta oportunidad. Vieron ansiosos cómo partía el primer pequeño furgón con mil individuos. Con un dejo de envidia y angustia (lo verían antes que ellos), observaron alejarse tres furgones más con otros tantos de miles curiosos. Por fin, el furgón cinco. “Del cinco mil al cinco mil novecientos noventa y nueve”, indicó el conductor, y el reducido grupo se incorporó, sin duda un poco temeroso.

Todo el ambiente hacía suponer la importancia de estar ahí. Definitivamente el juego de espejos que se veía aproximar era mucho más grande y fino que todos los demás que habían visto. Dos mil superficies cuidadosamente pulidas, dispuestas conforme a la más alta ingeniería permitían, a cada uno de los mil pasajeros de aquel pequeño vehículo, tener cuando menos dos ángulos de visibilidad. Esto era a todas luces inusitado.

Pocos metros antes de llegar a la zona de los dos mil bruñidos rectángulos, el conductor dio instrucciones de echar a andar las máquinas anticontaminación. Los niños se apretaron contra los padres, quienes les hicieron una suave caricia en la cabeza, con la intención de tranquilizarlos.

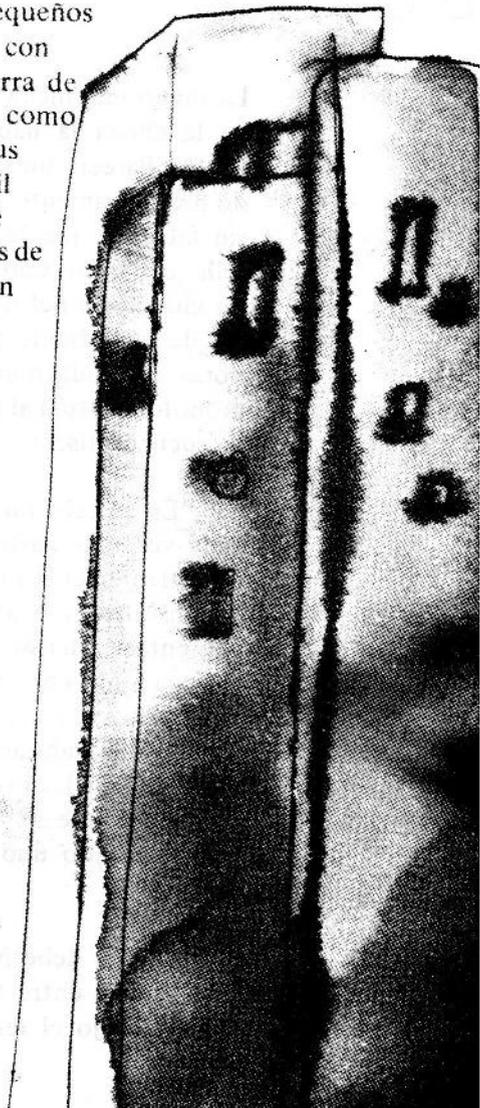
Finalmente, el conductor hizo una seña y todo mundo volvió la mirada hacia su respectivo espejo.

Casi al unísono dejaron salir una breve exclamación. Al ¡ah! repetido apenas mil veces aparecieron, como por arte de magia, en aquellos múltiples espejos otras tantas imágenes de color verde, llenas de vida. La jaula era amplia y mantenida en una temperatura y humedad ideales. Los niños lo observaron con cuidado a lo largo de su metro sesenta de alto. Recordaron las palabras precisas del profesor: “espigado”, “enorme y sólido”, “el último”. Ahora por fin podían asociar una imagen viva a una palabra abstracta, lejana: “un fresno”.

Padres y niños no supieron si fue la atmósfera que los rodeaba, la solidaridad o humanidad que emanaba de aquel minúsculo conjunto de hombres, el sentirse frente a él, pero, aunque mucho se semejaba a los ruroplast (los de aquellos bosques que tanto conocían, fabricados con esa mezcla de materiales) algo lo distinguía. Tenía un no sé qué de extraño, de viejo, de originario, que los hizo volver un poco hacia sus raíces.

Percibieron un algo que penetraba por debajo de los zapatones y cuando el conductor reinició la marcha, después de dos minutos y medio de pausa, les quedó la sensación de haber mirado lo que muchos otros nunca habían visto. Francamente valía la pena. Reconfortaba su color. Impresionaba su alargada figura, dos veces más alta que la de cualquier humano. Valdría la pena, de acuerdo a las listas, volver a pedir un boleto. Entonces los niños serían

adultos, y si aún estaba ahí, en su jaula de mil cuidados, narrarían a sus pequeños los pormenores del trasplante con diez mil metros cúbicos de tierra de la originaria región. Contarían, como a ellos les hacían saber ahora sus mayores, del audaz e inverosímil movimiento de masas de aire de aquella zona, jaladas por cientos de helicópteros que las atrapaban en redes magnéticas.



La mano era ancha y tosca, y además la penumbra de la choza la hacía verse aún más fuerte, más brutal. Parecía un martillo de molino que repitiendo mecánicamente sus movimientos, una y otra vez, sin fatigarse, iba de la mesa a la botella y con la botella a la boca. Cada movimiento era coronado por un chasquido del hombre que celebraba así los tragos de aguardiente que venía ingiriendo desde hacía horas. La ruda mano dejaba la botella y venía en monótono ritual al pecho, a secarse otra vez en aquella sucia camiseta empapada de sudor y alcohol.

“Es pa’celebrar”, decía el hombre con la voz cada vez más pastosa y los labios hinchados. “Es pa’ celebrar el cobro”, decía, y los ojos completaban la intención al brillar con un odio contenido, alimentado, denso; tan denso que se le escurría de la boca junto con la baba, dejaba a ésta en el pecho, en los brazos, en el pantalón y seguía extendiéndose por toda la habitación y a cada uno se le metía por los ojos, por las orejas, hasta irse a acomodar en el vientre, donde se sentía frío revuelto con miedo. Como cuando uno agarra una víbora, aunque esté muerta.

“El que debe paga y el que viene al cobro, cobra”. Decía entre trago y eructo, sentado en la penumbra bajo el techo de palma que junto con las

varas que hacían los muros, dejaba pasar unos ne-
cios chorros de luz, que implacables también metían
polvo, esta vez flotando.

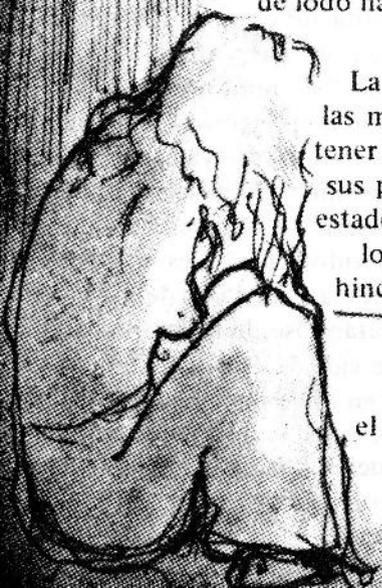
Tereso tenía pocas horas de haber llegado. Cua-
tro meses en el norte, quebrándose el espinazo de
sol a sol en el tabaco de Nayarit; después, más al
norte todavía, arrastrándose en el algodón que des-
gracia las manos, y también las almas. Nunca había
querido dejar el pueblo pero esta vez el hambre era
tanta y el maíz tan poco, que su veciño acabó por
convencerlo: "Amonos pa' la pizca don Tere, ya
verá que se nos mejora la suerte; ta'cabrón, pero se
ganan güenos pesos".

A Tereso le dolía separarse de sus hijos, de su
mujer, que además era bonita; de su querencia como
él la llamaba. Le dolía, era de allí y de allí nunca
había salido. Mal que bien "la había podido ir sal-
vando", pero en los últimos años las cosas se habían
puesto cada día peor. La tierra reseca ya casi no da-
ba, por lo que el año anterior toda la semilla se la
habían comido y fue necesario pedir prestado a don
Chon. El nunca había querido pedir, pues no gusta-
ba de hacer arreglos por adelantado "con deuda me-
diante", y sobre todo tratándose de los granos que
encerraban a pedacitos la vida de él y de su familia.
Otros ya habían pedido en años pasados al "don",
dueño de buenas tierras, agua y relaciones con la
"autoridad"; y siempre quedaba la mala idea de que
el pobre perdía y don Chon ganaba.

Ese año le pareció que las pagaba todas juntas, le debía al don y justo merito fue cuando la lluvia, como queriendo decir antes que Chon estoy yo, no quiso venir a tiempo. No sólo no le alcanzó para pagar, sino que tampoco ajustó "pa'comer", así que muy a su pesar tomó el rumbo del norte.

Fue cuando andaba en el algodón que llegó otro muerto de hambre y le recomendó que mejor "se juera pa' su casa". Un sobrino del don rondaba a su mujer.

"Esta me la cobro" se dijo todo el camino. "Esta me la cobro" repetía andando entre el polvo, entre dientes, entre todos, entre la bola del camión, entre los de la estación y entre ésta y las dos leguas de lodo hasta llegar a su casa.



La mujer en un rincón, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, daba la impresión de tener la mirada cosida al suelo. Sentada sobre sus propias piernas, no reparaba en que había estado en esa posición durante horas y que ya los dedos de los pies se le amorataban, se le hinchaban y ahora se le veían más chatos que nunca. Tierra y sangre congestionada se confundían. Para ella, sólo existía la apretazón esa que le agarraba la garganta, el pecho y el vientre, para siempre. Por eso no se movía. A las interpelaciones del hombre sólo contestaba con un ligero

movimiento de hombros o con un leve gemido. Sentía que el alma se le desgarraba a tiras, como le desgarraron el lomo al buey que mataron en la casa del don, aquel día en que la invitaron a comer. Ella después de mucho decir no, había ido medio por estar, medio “pa’comer”, medio “pa’traer algo a los esquinclés”.

La mirada del hombre le pesaba como una cruz, la sentía hundírsele en la frente, como puñal de hielo que se le iba por dentro, le pasaba por el dorso del cuello y le llegaba a la espalda completando la agarrazón toda que no la dejaba respirar.

“Dígame pues pa’qué fue”, le gritó el hombre, su hombre. Y el hilo de lágrima volvió a tejer la tela de tristeza entre los ojos negros y la tierra ceniza. “Dígame pues”, le volvió a gritar tenso, al tiempo que la mano borracha pero enérgica golpeaba la mesa burda, tan burda que parecía parte de la mano, parte del hombre que ahora se levantaba y le vociferaba agarrándola por la trenza: “Fue usted de puta, verdá. Fue usted por el dinero, porque son ricos.” Y con la otra mano le aventó el dinero que en el tabaco y en la pizca de algodón le habían costado sangre, la mujer, quizá la vida. “Tenía hambre” dijo la garganta sufrida, zafándose apenas de la tenaza de vergüenza y miedo que le apretaba el pecho. “Tenía hambre” dijo y volvió a llorar. “Tenía hambre y me agarró por la juerza”. El hombre la empujó nuevamente y ella cayó de lado con todo el peso de su

pena. La tela de tristeza y el hilo de lágrimas se volvieron contra la tierra del suelo.

Tereso ya no buscó más. Había leído claro en la mirada baja de la mujer cuando llegó. De la mesa tomó el machete, y machete y mano se fundieron con la fuerza que da la rabia, el odio, la venganza, para ya no separarse más. El trapo sucio y viejo que colgaba haciendo las veces de puerta, ondeó tras sus espaldas de hombre de coraje, hombre de campo, de sudor. La mujer quedó tirada casi aullando, rodeada de los seis hijos que aterrados lo habían visto todo, desde hacía horas, en cuclillas, llorando en silencio.

Ya no había Tereso y machete, todo era lo mismo, la mano se cerraba en la empuñadura y la hoja de metal se balanceaba al ritmo de aquel brazo, de aquel cuerpo que iba buscando muerte.

Tereso no se extrañó de que el sobrino del don ya lo estuviera esperando. Le había mandado decir con el vecino que a la tarde vendría a cobrar la cuenta. Así que los dos hombres apenas se vieron empezaron a enredar uno el sarape, el otro la chamarra, alrededor del brazo izquierdo, sin fijarse, lenta y precisamente, con la mirada en el rival, hasta que se formó sobre cada antebrazo una bola, un escudo, cuya punta con firmeza sostenía la mano izquierda, como para decirle a la derecha, la de los machetes, que ella también apretaba.

Empezaron a moverse en círculo, como ronda la muerte. Los cuatro ojos se amarraron y el sudor empezó a correr por la frente de aquellos dos hombres que ya no sentían, que ya no veían nada a su alrededor. A Tereso no le había dolido el corte en lo alto del brazo izquierdo, ni se daba cuenta de la sangre que corría por su costado y que le salpicaba la cara. Lo único que le importaba era completar lo ya empezado.

“El hijo de la chingada” se fue doblando sobre su lado derecho, porque el machetazo en la pierna fue tan fuerte que no sólo le cortó la carne haciendo saltar borbotones de sangre, sino que además le partió el hueso a la altura de la rodilla. Los golpes habían sido sordos, el escudo del brazo izquierdo y la ropa amortiguaban el ruido, y cualquiera, de lejos, hubiera dicho que estaban jugando a no ser por la sangre que los empapaba, a no ser por la muerte de aquellos ojos, a no ser por el ruido seco, como en tronco viejo, que produjo el machete de Tereso cuando se hundió en la cabeza del sobrino del don, haciendo que el ojo izquierdo le saltara desorbitado por el encuentro con la muerte y el derecho se le nublara con sangre.

A Tereso le costó trabajo sacar el machete del cráneo enemigo, pero todavía al saltar al muerto para “juirse”, alcanzó a ver que el ojo desorbitado miraba con infinita rabia. Ya no le importó. Lo que quería era agarrar el monte, perderse, huir, correr porque ahora “la autoridad” toda, lo perseguiría.

Y a mí nada

Doble placer. El haber trabajado continuamente y de manera productiva toda la tarde, y ahora encontrarse en las vacías calles de París, rumbo al metro, sintiendo en cada uno de los poros el aire fresco de la noche que a cada susurro de los castaños le recordaba el gusto, la suerte de haber venido a esta linda ciudad a realizar estudios de post-grado, pero sobre todo aspirar algo nuevo, completo, que era lo que realmente constituía el privilegio. Había pasado un año con tiempo para pensar, para sentir, rodeado de un ambiente que lo motivaba enormemente. El cine, las calles, las conferencias, la música, pero sobre todo el ambiente latinoamericano.

Curioso, ¿no? Venir a París para encontrarse fascinado por América Latina. Encontrarse con argentinos, peruanos o paraguayos y saber que los gringos son, en todos lados, los mismos hijos de la hermana de la Malinche.

Venir hasta París para conversar con los libros de Debray, de García Márquez, Cortázar y Benedetti. Encontrar en novelas y poemas indios blancos y negros haciendo patria: indios blanquinegros, blanquinegrindios. Entregarse a las notas llenas de vida de Atahualpa o los Quilapayún.

Y sin embargo así era. Por ello Raúl se dejaba ir en este mundo con alegría y satisfacción. Había pa-

sado la tarde discutiendo y escribiendo su tesis con Jean Paul, un buen compañero de l'Ecole Nationale des Ponts et Chaussées; uno de los raros "X" o ingénieur polytechnique, que no llevaba corbata a la escuela y que constituía parte de esa clase de francés que no soporta la vida del gran desarrollo industrial: "metro Boulot-dodo", y que busca siempre escaparse del implacable ritmo que impone cualquier moderna metrópoli, cosechando la amistad de algún extranjero. Entre más estrafalario fuese el país de origen, mejor. Así que desde el principio se había acercado al mexicano quien, con sus bigotes, no defraudaba la imagen de rancharo-macho-mexicano-zapatista-pistolero que se esperaba de tal espécimen.

Ahora comenzaba la parte del final de jornada que le gustaba. Como después de las tardes compartidas con Fernand, el pintor y su compañera Janine. Se sentía caminar hacia adelante, sin saber si respiraba ese aire o la atmósfera toda, húmeda, lo aspiraba a él. Caminaba aprisa para no perder el último metro. La estación de la Gare de l'Est, que curiosamente se localiza al norte de la ciudad, estaba a unas cuadras y él ya empezaba a dilatar las ventanas nasales que le servían de ojos para las cosas que no tienen luz sino olor, sobre todo el metro; las estaciones del metro, que juraba reconocería aunque estuviera sin narices. Era fácil, no olían ni a sucio ni a sudor ni a viejo ni a mierda, sino a estación de metro, así que el hálito mágico de la estación lo en-



volvió y él se dejó llevar esperando que esta vez sí sucediera algo. Debía haber grandes romances iniciados en el metro, alguna ninfómana caída en desgracia o alguna chica amable de Pigalle que quisiera probar un subdesarrollado de éstos. Pero a él nunca le había ocurrido nada. Había leído con avidez los cuentos de Cortázar y Benedetti sobre el metro, se había pasado largas y largas trayectorias en busca de manitas con guante negro en barra y nada. El día que encontró una, era tal la cotorróna que pensó que Julio se estaba burlando de él, que lo había hecho a propósito. Había ensayado con todos los recursos el truco de encontrar una mirada en el reflejo de la ventana, y nada, nadie ¡Carajo!

Le llamaba la atención que en los encuentros organizados por Cortázar y Benedetti, la dulcinea de la historia nunca fuera francesa. Dina era de la Martinica y Mirta argentina, por lo que siguiendo el consejo de sus mayores sólo apuntaba a las que tuvieran aire de extranjeras.

De todos los relatos con el que más se identificaba era con "cinco años de vida" por el sólo hecho de que el personaje se llamara Raúl, como él. Esto le daba oportunidad de que si ocurría algo en alguno de sus viajes subterráneos, podría escribirlo

y ponerle: “iba Raúl. . .”, pensando que era él pero a la vez excusándose diciendo que era el otro personaje. Sentía esta curiosa necesidad de reconocer que el escritor pone siempre de sí y de lo que ha sido capaz de sintetizar de su alrededor físico o metafísico; pero sus mayores no lo dejaban ser totalmente honesto, en todo lo que había leído de García Márquez no aparecía ningún Gabriel como el más chiras, ni Mario con Benedetti ni Julio con Cortázar. Siempre Aurelianos, Luchos o Jorges y por fin ahora se la servían en charola de plata, había uno que se llamaba Raúl; ni modo, había que respetarlo y el héroe de su relato se llamaría como él.

Pero maldita sea, de la Gare de l’Est a la estación Censier-Daubenton de su barrio latino, había cerca de quince estaciones, ya habían recorrido cuando menos diez y no pasaba nada aunque buscaba no sin cierta angustia un encuentro casual en Opera, Palais Royal, Chatelet. Pero no subía nadie.

Parecía que el servicio era exclusivo para él y la francesa del fondo del vagón con la cual débilmente había tratado de cruzar la mirada. Pero mulatas de allá, de las nuestras, nada. Ni siquiera una española, “de perdis”, pensaba, aunque tienen todos los defectos de las europeas y ninguna de las virtudes de las latinoamericanas. Sólo esta francesa enfundada con su pull entallado que hace resaltar unos pechos pequeños pero muy en su lugar; bueno, ni tan pequeños. Esa manera de ceñirse la ropa hace que todo

se vea, todo hay que fotografiarlo con la mirada. Su pelo restirado, su nariz aguileña, sus ojos tan precisamente pintados, su cutis cuidado, su pull, sus senos, carajo si estuvieran en mis manos, y ese asientito: por qué tan entallados los pantalones, todo se le marca. Hasta me acuerdo de mi cuate que dijo que a muchas se les veían incluso los labios de su cosita, que nomás falta que chifle. Todo a la vista, pero no te acerques, no insinúes, que te gritan como si fueras un degenerado sexual; y ellas tan ecuanimes, remarcando todo lo que hay que remarcar.

Y nosotros en el último metro y Raúl que quiere ser escritor. Y ésta que no es mulata, ni ojos por la ventana, ni tiene guantes ni mirada.

Al llegar a nuestra estación, y es nuestra, de los dos, porque los dos nos bajamos, flotamos, sin vernos, sin conocernos, pero sabiéndonos ahí, a un paso pero negando todo, el mínimo roce. Porque Raúl con su cara de mexicano a lo mejor es un árabe, o con su gabardina nada estrafalaria a lo mejor pequeño-burgés, pequeño-pendejo.

Y yo suspirando. Igual que en los libros nos bajamos en la misma estación del último metro, y la sigo discreto a unos pasos como si fuera más normal que lo normal y de reojo veo sus caderas, de esas de bajadita. Al llegar al fondo del pasillo, empiezo a vivir, aún no lo creo, pero es cierto, la puerta está cerrada. Llega, podré escribir, ella empieza por que-

darse parada y yo me acerco, me acerco, le da un golpe al candado y se voltea. Por primera vez me mira, estoy seguro que ella también leyó a Benedetti, a Córdazar, a Guillén, que los conoce a todos, hasta a mí. Que me reconoce, que a lo mejor también me esperaba. Sus labios, su mirada, todo en un segundo, se dirigen a mí: "C'est complètement con, pardon monsieur"; y pasa junto a mí, estatua a la estupidez, sin voltear a verme y se pierde de regreso por el pasillo que veníamos y ya lo oigo antiromance, anticuento, quizá antivida: "C'est complètement con", "ces sont des betes" "c'est idiot". Y yo detrás a unos pasos subiendo los escalones de la salida que sí está abierta, lento, inseguro de quién soy, de qué quiero. Voy murmurando despacio, hacia atrás, sin aire: C'est idiot, C'est complètement con, ces sont des betes.

Un día a las cuatro de la tarde

Es un día como cualquier otro. Hace tiempo que he tomado el hábito de leer el periódico por la mañana buscando sobre todo las páginas de información política. Empezar por la primera plana; desde luego leer el encabezado que a diferencia de los diarios de otros países, tiene algo que merecía las ocho columnas: democracia, el Presidente decidió la participación popular. Un poco más abajo el Secretario de Estado Americano sonríe con el Secretario General de las Naciones Unidas quien buscará la paz, mientras que en las páginas interiores me entero con sorna, de que no se llegó a ningún acuerdo sobre la carrera armamentista, que los gringos están orgullosos de poder destruir la vida del planeta varias veces y a la vez, haber creado una caja ultra negra para registrar el suceso para que sirva de humana lección a generaciones futuras, aunque sean de otro mundo. El contenido de los artículos que alimentan nuestra rabia contra la vejación de la dignidad del hombre son los mismos de siempre. Tan sólo cambia el encabezado; esto debe ser muy económico: cientos de muertos, el bombardeo se llevó a cabo con precisión matemática, Medio Oriente —podía ser Vietnam— Laos, Angola —o cualquier otro país—. Utilizan ratones vagineros para torturar a las presas políticas: Chile. Antes era Grecia o el Uruguay o sigue siendo y no se diga Brasil, donde untaban mayonesa para excitar a los carnívoros roedores. Me

indigno como mecánicamente me he indignado todos los días a la misma hora desde hace años. No podía defraudar a mi periódico; no en balde soy un buen suscriptor y eso se agradece. Hace dos años por poquito y me saco un departamento de una recámara con medio baño, teléfono público y garage para bicicleta, y tres años antes — ¡que suerte! — la tía de una prima del sobrino de un lejano compañero de trabajo, se sacó un lujoso viaje en camión a las pirámides.

Y la esquela, ahí está la esquela, tenía que estar la esquela, no podía faltar la esquela: Roberto Sánchez Gutiérrez falleció el día de. . . suerte que no dice en el seno de nuestra santa madre la iglesia católica apostólica y romana y demás santas y geográficas pendejadas. Aunque morir en el seno de alguien ha de aguantar. Y después el velorio, tener que estar a partir de las cuatro. Tranquilo, imposible faltar aunque yo he dicho que esas cosas no me pasan: cajón, rezo, caras compungidas, estos gemidos estos llantos estos ojos estas bocas que a las cuatro de la tarde me dicen lo que yo ya sabía, lo supe desde el momento del accidente, que así lo llamaron, lo supe desde el momento del balazo, lo supe claro, yo Roberto Sánchez Gutiérrez estoy muerto.



Ella era parte de aquellos lugares hacía muchos años, tantos como amigos y familiares habían ido desapareciendo.

Cuando joven, no fue realmente bonita, aunque sí alegre; y siempre, con la mirada capaz de dejar sentir lo deseado. De aquí que nunca le hubiese faltado compañero para algún baile, para tal o cual novenario, o para la fiesta en la plaza. Incluso, algunos pretendientes rivales, habían peleado por ella. Esto le había disgustado mucho y no quiso recibir nunca más a ninguno. Pero quizá, en el fondo, el disgusto perdía su "dis", pues cuando lo recordaba, una mueca de satisfacción se dibujaba en su cara.

De aquellos cadetes y su estorboso sable. De aquellos aprendices de médico de bata demasiado blanca. De aquellas manos que se habían tendido hacia ella, de aquellos ojos que brillando le habían dicho en silencio tantos piropos. De todos aquellos aspirantes, se quedó en su vida uno. Quizá no el más apuesto, quizá no el más brillante, el de mejor futuro —que hacía años fue presente y ahora pasado— pero, se quedó aquel que la veía con más ternura, aquel que no dejó de ir ninguna tarde. Se quedó con ella y con la familia, pues había tomado la costumbre —de un caballero decía la madre de aquella joven novia— de platicar con la posible suegra, de

jugar con los hermanos pequeños. En fin, de aceptar siempre alguna compañía en aquel cuarto cuadrado de techo ahora alto, cuyas paredes eran rematadas por un pequeño y abultado filo dorado.

En el amarillento cuarto de sala, que se comunicaba por una puerta incesariamente estrecha al recibidor, él le había dicho un día, tomándola de la mano, que la quería hacer su esposa.

Al poco tiempo fue la boda seguida del largo y maravilloso viaje de novios, hasta Morelia, donde habían sido tan felices; y donde quizá, siempre lo sospechó, *pidieron* a su primer hijo. Después habían ido a vivir, a pesar de sus padres, en las afueras de la ciudad, a una pequeña finca heredada por el marido entre Coyoacán y Tlalpan, a más de 12 kilómetros del centro de la ciudad: “realmente lejos, casi en la provincia”.

No había lujos, la vida era simple, llana, austera. Al dejar el camino junto a la vía por donde pasaba “el rápido”, para ir a la casita de fachada blanca, ventanas rojas, porche y tejabán, se caminaba por un sendero de árboles altos, erguidos, que dejaban filtrar el sol a condición de que les diera, con su luz, aquel hermoso color verde lleno de vida.

Desde la ventana de la estancia todo era un ritmo. El aire soplabla y los maizales se inclinaban hacia la derecha siguiendo a los huejotes y a los pirules.

Y así, en armónico movimiento, volvían hacia la izquierda, unos primero, otros más torpes en el baile, después. Todo susurraba a viento. A un lado había una huerta donde su vecino siempre decía “regular”, al tiempo que se le iluminaba la cara al mostrar sus peras y sus manzanas colgadas como aretes de fiesta. Más abajo, dejando que la mirada rodara placentera, se podían ver los girasoles y los alfalfares donde los hijos corrían y se escondían de su alegre perro, que siempre terminaba por encontrarlos. Incluso, ella había llegado a pensar que en aquellos ojos caninos, en aquel movimiento apresurado de la cola, se escondía un secreto: “ya sé dónde están”. Pero el perro siempre ladraba feliz al descubrir a los vaqueros o a los policías que al día siguiente eran indios o ladrones.

Ella, péndulo incansable, había subido y bajado aquel sendero durante años. Su mirada se detuvo una y otra vez sobre los rosales en flor; y cuando éstos se hicieron viejos, recomendaba al jardinero: “ya están cansados, hay que darles las gracias por los colores que llenaron nuestros ojos y devolverlos a la tierra como buenos amigos”.

Nunca supo si los hijos e hijas crecían día a día, o a saltos. Los primeros los tenía para sí, cada vez menos. Cuando pasaban siempre iban de prisa. Las hijas ya casi no estaban solas y ahora era ella la que platicaba en la sala. Era a ella a la que había que hacerle conversación, mostrándose formal, para que

al salir, su boca madura expresara: “muy serio el jovencito”.

Los alfalfares habían dado lugar a una ancha avenida con camellón y banquetas. Al mirar en busca del verde maizal, su vista, ya un poco cansada, se encontraba con las fachadas, las azoteas y los tinacos de las casas y casitas que habían brotado como hongos en el bosque después de la lluvia. Un poco más lejos había aparecido con todo aquel desorden que llamaban progreso, un grupo de casuchas de cartón y viejas latas de aceite y gasolina. El agua limpia de las zanjas y canales hacía tiempo que había desaparecido, y ahora un líquido sucio, lodoso y maloliente, corría por las calles.

Los hijos fueron dejando botitas y chalecos, y al crecer imponían un nuevo estilo de vida “sacado de no sé dónde”. “Qué música. Qué peinados” Ahora ya no había botica ni boticario, sólo farmacia, despachador y cajero. El tiempo ya no se perdía platicando en el estanquillo, sino en las silenciosas colas del supermercado.

Cuando el marido murió, ella se hizo cargo del hogar de manera firme, seriamente. “Muchachos de porra” regañaba y ellos se acercaban haciéndola repelar. Luego, siempre con cariño, la besaban en frente.

Los ojos de la mujer, inquietos de niña, pícaros de adolescente y severos de viuda, se volvían, al

contacto cálido del beso filial, más redondos y cristalinos, más humanos que nunca. Eran sus momentos de felicidad: tener a los hijos cerca. Un suave vacío le inundaba el pecho y por su mente volaban los recuerdos. Poco a poco la vida fue más y más los recuerdos. Los instantes de hoy sólo eran pretexto para revivir los de ayer. Después de todo, había sido bueno que vivieran con ella su hija y su yerno pues se sentía cansada. No es que estuviera enferma o que alguna afección la molestara, era simplemente que hacía tiempo que andaba por ahí, por este México tan cambiado. Era simplemente que ya era abuela. Era simple, acaso triste, pero muy humanamente, que la vida se le iba escapando de entre las manos un poco torpes, de entre los ojos ya miopes.

Una mañana ya no se pudo levantar, sintió que la cabeza se le iba y ni siquiera pudo alzar un brazo para correr las cortinas y recibir un nuevo amanecer. El corazón le latía apresuradamente y casi no podía respirar. Hizo un esfuerzo, el último, por levantarse, y cayó hacia atrás, inmóvil, sin un quejido, aceptando la muerte de manera serena, tal como había aceptado la vida. La boca, ahora más fina que nunca, se movió apenas para cumplir con el mágico rito de cerrar el ciclo, para entre los labios murmurar: “mamá”. Su madre al voltear hacia ella sonrió enmarcada por el amplio sombrero y la sombrilla de tul. Un tren tirado por mulas se detuvo suavemente para que su padre le ayudara a descender en el centro de la ciudad. Dio de comer a los conejos que es-

condían la naricilla entre sus patitas y tomó del brazo a un esbelto cadete con el que caminó pausadamente por la plaza, al ritmo de la música municipal. Subió con él a la carretela para dejar atrás a la gran ciudad, y así internarse, casi sin tocar la tierra, entre pirules, huejotes, fresnos, maizales, girasoles, ahuehuetes, manzanos, alfalfares, girasoles, girasoles, girasoles.



Muerte calculada

Estaba hablando tan bajo, tan suave como ella podía. La calle más bien angosta y sin banquetas la escuchaba en silencio. Le servían de marco las casas contiguas, casi todas, aunque disparejas, de un solo piso. Los colores chillantes hacían a algunas doblemente notorias. Tras las pequeñas ventanas que dan a la calle —de madera unas, de metal otras— se esconden interiores modestos.

Un poste semejante a un absurdo mástil anclado por dos tensores cables, recortaba su silueta. Sólo entreabría los labios, empastaba las eses y arrastraba las palabras como pasos tristes en un terregal. En realidad fuera del siseo no había gran emoción, al menos que se notara en otra cosa que no fuera en el tono de la voz, la cabeza ex profeso baja y el estudiado, acaso lento caminar. En ese momento no lloraba, explicaba.

—Lo están velando, dijo sin dejar de mirar al suelo, reacomodando los brazos bajo el viejo y usado rebozo. Fue un golpe terrible, continuó en su explicación, dicen que ni se le reconocía la cara y que dejó todito lleno de sangre. Yo creo que lo mejor es que no sufrió, terminó diciendo convencida de haber encontrado el momento de esposar situación y frase otras veces vivida, oída en otras ocasiones, esculpida por otros labios ante los que ella entonces había asentido como quien dice amén.

—¿Quién avisó comadre? Inquirió el interlocutor al tiempo que entre las manos daba vuelta a un sombrero de palma blanca, ya medio quebrada por el tiempo y el sudor, tieso y con ampliada forma de detective, mezcla de campo y ciudad.

—Vinieron unos chamaquitos corriendo, contestó la mujer desde su escafandra-rebozo, apurándose un poco para no dejar escapar la oportunidad de ser ella la que daba datos, informes, aclaraciones, en fin, de participar. Llegaron corriendo y gritándole a Esperancita, continuó en cuanto los ojos del carpintero se enraizaron en los de ella. La pobre salió re-te espantada y fue cuando se lo dijeron. Ni lo quería creer, negó la comadre con la cabeza, adelantando el labio inferior hasta que el compadre dejó de menear la propia. Salió corriendo como loca hasta que llegó donde estaba tendido, aquí la comadre cambió la voz para continuar en la explicación: dicen los escuincles que andaban jugando a las pedradas cuando vieron la polvareda, pero que ni dijo nada. Ahora había sacado la mano derecha de entre el rebozo y se la llevaba a la mejilla para acompañar al movimiento de la cara que terminó en un chasquido al que siguió nuevamente el tono lamentatorio, el de las situaciones inevitables: pobrecito Rupertito, quién se lo iba a decir, tantas veces que había pasado por ahí mismo y que hoy le tocara. Ya sabe compadrito, condenó la mujer, cuando a uno le toca le toca. Ahora sí, ya no hay remedio, quién lo iba a decir, pero qué le vamos a hacer, es el des-

tino y que Dios lo tenga en su Santa Gloria. Lo bueno fue que no sufrió, volvió a concluir.

La pausa fue terminada por un sereno, claro y casi doctoral “espérese comadre”, del carpintero, que apuntaba con la cabeza al tiempo que decía “ahí viene Esperancita”

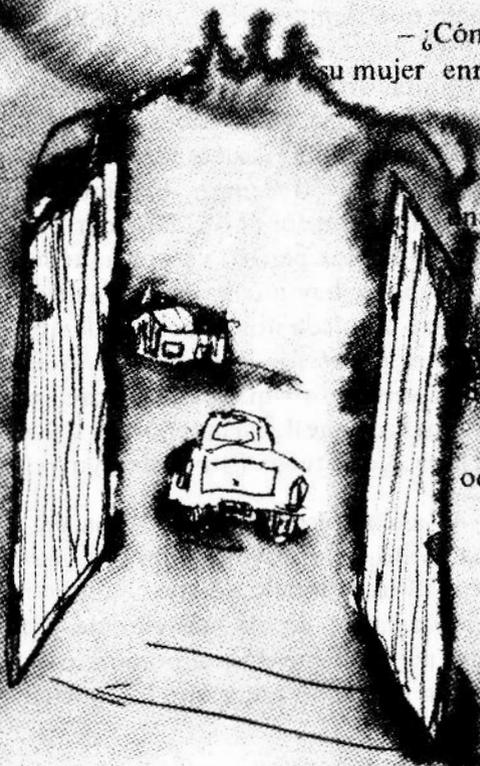
Los compadres callaron y permanecieron quietos mientras se acercaba la viuda con un manojo de velas entre las manos y con esa aureola que rodea a los deudos, que no sabe uno finalmente quién es el centro del asunto, si el que llora o el difunto. —Qué tal don Pepe, cuchicheó al estar junto al sombrero y al rebozo ahora quietos. Ya ve, obvió, nos tocó la desgracia, quién lo iba a decir, mi Ruperto estaba viejo pero todavía muy sano. Pásenle, insistió, acompañando la palabra al inclinarse del cuerpo para abrir un viejo portón, que alguna vez había sido verde y que ahora, quizá por el duelo, se quejaba también serruchando con su llorosa madera, el viento del atardecer. Pásenle pa'dentro insistió Esperancita, pásenle. Acompáñenos, usté también Panchita, que Dios quiera y los suyos le vivan muchos años. Pobrecito mi viejo, sorbió, suspiró, cómo lo voy a extrañar. Estaba tan bien, ayer fuimos a la iglesia y le pedimos a Dios Nuestro Señor por todos, hasta por el canijo Raúl que se nos fue para los Estados Unidos y que ahora ya no lo va a volver a ver. Ay Panchita, tristeó ya con los ojos en alta mar y los pies perdidos entre un viejo patio de tierra apisonada, me siento tan sola.

Juan, aunque cojo de la pierna derecha, era buen caballero y sobre todo ya le había encontrado el modo a don Jorge. Sin embargo, esta mañana había visto resoplar al patrón y contra la costumbre, se atrevió a preguntar: Don Jorge, ¿le ensillo al “Lucero” para mañana?

El hombre que respondía al nombre de Don Jorge, se volvió seguro sobre sus talones, al tiempo que de manera gentil pero firme se golpeaba el pantalón con el fuste que siempre llevaba en la mano derecha. Dejó caer de manera firme sus palabras: ¿por qué lo preguntas Juan? Ya sabes que mañana vengo como todos los días, ya lo sabes —volvió a golpear con el fuste— como a las siete y media. Mañana tengo ganas de salir al campo, continuó en otro tono y respirando profundo, quiero dar una buena vuelta con todos los perros, ya por aquí no se puede andar a caballo, hay mucha gente y perros por todos lados. Qué amolada nos dieron desde que nos construyeron el periférico. Bueno, afirmó en tono de que la conversación —que casi siempre era monólogo— terminaba, si me llama la señora le dices que ya voy para la casa, que tenga listo el desayuno.

El hombre de anchas espaldas que alguna vez, hacía años había vivido en la provincia, abrió la portezuela de su Ford último modelo, se caló el sombrero tejano, siempre dejando un ala más elevada que la contaría. Aunque ya cincuentón el hombre continuaba creyendo o deseando creer que las mucha-

chas hacían más caso al buen tipo que al buen auto. Se arrellanó frente al volante, saludó displicente al buen caballero que ya paseaba al inquieto "Lucero" y se dirigió a una moderna y cómoda casa del sur de la ciudad donde el mozo lo esperaba con la puerta abierta para que pudiera penetrar con todo y el auto a un lindo jardín de grandes fresnos y toscos pirules que enmarcaban la casa tipo californiano, con remates franceses y que junto a la escalinata principal lucía un pequeño y delicado jardín japonés.



—¿Cómo te fue mi recito? Le recibí a tu mujer enropada en larga bata de seda roja y pantuflas blancas de piel de conejo. Vienes muy asoleado, sonrió y se acercó a besarle una mejilla más por ritual que por besar realmente, los pobrecitos perros se quedaron muy tristes de que hoy no los llevaras a montar, continuó al tiempo que ascendía una alfombrada escalera azul, con las manos ocupadas en levantar la bata para no pisarla al subir.

—Sí, yo también los extrañé —replicó don Jorge—, pero me ensucian el coche muchísimo,

Jacinto todavía no sabe lavarlo bien y ya me deben estar esperando en la oficina. Me voy a dar un regaderazo rápido, ya se me hizo tarde, adelantó el hombre —siempre patrón— mientras dejaba como todos los días, sus empolvadas huellas sobre la alfombra sin reparar en ello, como no reparaba en tantas cosas de la vida, en tantos lugares en donde pisaba, pues él sólo sabía mirar de frente, hacia adelante.

La mujer, con monótono cariño e improvisando una prisa que nunca sentía —la oficina le importaba poco— ofreció “huevitos con chorizo o jot queiks”.

Don Jorge como siempre, se inclinó por los huevos, pidió su ropa desde la regadera y al secarse recordó a su mujer que no había mandado al sastre “el traje café clarito que ya se le está cayendo un botón”.

Todo lo tomó con relativa prisa, leyó los encabezados del periódico mientras sorbía el café de pie, regañó a la sirvienta porque estaba caliente y sabía que él tenía prisa. Se despidió de su mujer con un beso superficial y partió haciendo sonar repetidas veces el claxon del coche, para que se apresuraran a abrir las puertas del garage.

*

El sol caía a plomo sobre el patio recién barrido, “Gagarin”, el perro, se rascaba tras la oreja con

la pata izquierda haciendo esfuerzos por conservar el equilibrio, los pollos picoteaban simulando comer algo, que sólo servía para engañar el hambre y al observador; y don Ruperto daba unos pasos pequeños, inciertos, mientras agachaba la cabeza hacia la cintura y se recorría el cinturón un punto más apretado, lo que hacía que el viejo pantalón que siempre le había quedado grande se le viera más bombacho.

Esperanza, dijo todavía con los cachetes inflados por el esfuerzo para atinarle al hoyo del cinturón, al rato vengo, no me tardo nada, nomás voy a darme una vuelta y regreso. La mujer dejó salir un largo y resignado “ayy Ruper”. Acabas de salir de misa, recriminó secándose las manos en la enagua, y ya te anda por irte a emborrachar. ¿Qué no te podrías estar sosiego alguna vez?

El viejo se acercó al portón y resongó: ¿Por qué a emborrachar? No más voy y vengo. ¿Pos por qué tanto regaño, y tan temprano? Se sintió fuerte y continuó, hace rato vi a mi compadre y ya le dije que sí iba. Ora ya ni modo de no ir. Ya había abierto y dado un paso afuera y para terminar de convencer a la mujer le prometió nuevamente no tardarse, “nomás echarse una a su salud, pues en la iglesia hacía retharto calor”.

La mujer trató de no darse por vencida y recurrió al uso del argumento de razón en sí mismo: acuérdate lo mal que te pusiste l'otro día, senten-

ció, hasta dijiste que ya no ibas a volver a tomar, y ora ahí vas de nuevo.

Don Ruperto ya cerraba la puerta, pero se regresó un poco para pelear lo que él llamaba su único gusto, alegando que con este “pinche sol” una fría le caería muy bien. Cerró por fin tras de sí el verde y apollillado portón y se hundió en el ruido de la calle, en el sol, en la rebelde queja de la música ranchera que a todo volumen reproducía el tocadiscos dominguero de la cantina.

Adivinando de antemano la escena, el compadre lo recibió con sorna: anda usted queriendo llegar tarde, sonrió, o ¿qué mi comadre ya me lo trae medio regañao? No se deje compita —recomendó dando todo por hecho—, pélele los dientes; si se le trepan al lomo, luego ya no se quieren bajar. No, cortó el viejo, es que meché tantito después del bofe y ya me andaba quedando jetón. Como que tragué un madral. Pos ya sabe que mi vieja se defiende a morir con los frijoles. Por cierto compadre, insistió don Ruperto, como buscando venganza mientras que con la mano izquierda se apoyaba en el hombre sentado y con la derecha jalaba una silla de lámina que rechinó, al tiempo que lucía un gran sello de alguna cerveza en el respaldo, no se me hizo verlo en la iglesia. ¿No será que usted ya no puede ni pecar? Porque yo —dejó caer la voz sobre los amigos y el cuerpo sobre la silla—, ahí como la ve, le cumpló parejito a mi vieja y luego hasta malos pensamientos tengo.

El compadre lo acusó de hablador, el otro de soñador pero la plática era amable, continua y repetida, al tiempo que iban circulando las cervezas y el pulque. Llegó el momento en que tres veces uno preguntó una cosa y tres veces le contestaron la misma incoherencia. Al fin desistió, abrazó al compadre al tiempo que le decía: usted sí me entiende. Los temas se enredaban, la conversación se hacía pastosa, densa, llena de eructos y escupitajos, ruidos de sillas arrastradas, mesas golpeadas. "Chingaos" y "carajos" brotaban y rebotaban como la espuma del río crecido. Los recuerdos iban y venían. Esto ya no es como endenantes clamaba don Ruperto. Se acuerda compadre, volvía a repetir, cuando salimos del pueblo, que queríamos ir a la capital, que a ganar un chingo de pesos, que llegamos aquí y nos gustó porque se parecía al campito de allá. Y ora, ya se fijo, señalaba el hombre, si no se da uno color al salir a la pinche calle, fácil le pasa un cabrón carro por encima, y a la verga.

Cierto don Ruper, terció otro de los bebedores de mirada estancada, y deje nosotros, ya ni las pobres vacas hallan pasto. ¿A ver si se acostumbran a tragar chapopote? Terminó negando con la cabeza y movimientos reprobatorios de las manos. Pero los ojillos le brillaron cuando empezó a decir que no todo lo que cambia era para mal, que había cosas que al contrario, con el tiempo se ponían mejores, maduritas.

El compadre adivinó la intención e "ingenua-

mente” le preguntó al viejo por la sobrina Carmelita. Don Ruper los apartó con cariñosa brusquedad, mandándolos “a la chingada”. Pero no dejó de reconocer que la chamaca ya había crecido y que se le atragantaba el que anduviera pelándole los ojotes al carpintero. Pos entonces saludó por las viejas, concluyó el compadre al tiempo que alzaba el litro de pulque y lo llevaba incierto hacia la boca, hasta que el líquido llegó a los labios, al pecho, a los pensamientos y empezó a sentirse totalmente ebrio. La última, dijo con dificultad. La penúltima, le reviraron los demás hombres de alegría temporal y borracha.

*

Don Jorge llegó a la oficina con aire de hombre cuyo tiempo es muy valioso, entró directamente a su privado saludando apenas a la secretaria al pasar.

Buenos días licenciado, contestó la señorita tratando de ser amable al sonreír, pero no había tiempo para tanto. Un hombre bien vestido se levantó del fondo de uno de los cómodos sillones de imitación piel negra, tratando de llegar a don Jorge, pero no pudo. Así que tuvo que esperar a que la joven bien vestida y con piernas nada despreciables lo anunciara, después de realizar un par de llamadas, que a través de la comunicación intersecretarial pedía el abogado.

Finalmente don Jorge dio instrucciones para que el licenciado del Villar pasara, a la vez que pedía café para el visitante y para él.

Eugenio del Villar entró con la mejor de sus sonrisas y extendiendo las manos en amable gesto, no pudo, sin embargo, culminar el efusivo saludo pues ya don Jorge se disponía a contestar una nueva llamada y con la mano izquierda lo invitaba a sentarse. Del Villar negaba o asentía con la cabeza siguiendo la conversación de don Jorge; éste parecía no contestar de muy buen grado aunque en ningún momento perdía su tradicional tono educado, cortés. Cuando el hombre que completaba el cuadro de alfombra, escritorio, plumas doradas, una linda lámpara e intrínseca importancia, dijo que aceptaría gustoso una comida con langosta y vino blanco, el visitante, que ahora sonreía a la guapa secretaria y su café con sucaril, supo que la conversación telefónica llegaba a su fin. Nuevamente centró toda su atención en el pulcro don Jorge que ya se disculpaba por la molesta interrupción, diciendo que hablaba con una de esas gentes que tiene uno que soportar y finalmente no sabe uno ni por qué lo hace. En fin, así son estas cosas y no creo que por lo pronto vayan a cambiar, aceptó.

—¿Y no hubiera podido usted dejar la comida para otro día? Es principio de la semana y quizá para más tarde, condescendió del Villar.

—Pues sí, repuso molesto don Jorge acomodándose en el sillón y buscándose los cigarros en los bolsillos del saco. Pero ya se la había yo pospuesto un par de veces, y ésta ya no me fue posible. A este

joven me lo presentó el licenciado Ramírez a quien usted conoce muy bien, me lo presentó en una comida y ahora francamente no me lo puedo quitar de encima. Tiene la cabeza llena de proyectos. Los jóvenes de ahora quieren ganar dinero de la noche a la mañana. No se dan cuenta que nosotros hemos pasado toda una vida de trabajo para poder llegar a tener lo que hemos conseguido. Piensan siempre en el negocio milagroso, que de la suerte y los buenos contratos depende todo; que con un buen "tip", como ellos dicen, se volverán millonarios. Este joven, explicó, anda tratando de poner una fábrica de pilas que en los Estados Unidos se venden muy bien. Está convencido de que se puede ganar mucho dinero. Parece ser que ya consiguió el capital necesario para empezar el negocio y ahora quiere que lo lleve con el licenciado Flores, el Ministro de Hacienda. Hay algún problema de importaciones, continuó con tono doctoral enmarcado de luces que destellaban lo obvio. Ya sabe usted que somos íntimos amigos, pero me da pena molestarlo con una cosa de éstas. Además, realmente se me hace que este muchacho está bordando en el aire.

En fin, por lo pronto hay que terminar lo nuestro, concluyó refiriéndose a del Villar; le estoy haciendo perder su tiempo con estas cosas y ya es un poco tarde. La verdad bastante tarde. ¡Caramba cómo pasa rápido el tiempo! Con la desvelada de anoche llegué tardísimo a montar y ahora ya se me fue media mañana. Y lo peor, ni siquiera pude dar una buena montada; bueno, pero eso es otra cosa.

Doña Esper oyó los golpes en el portón con la felicidad de quien llega a algún lugar después de largo viaje pero con el coraje de saber a quién se iba a encontrar. Aunque reconoció de inmediato la manera de golpear y de bufar tras la puerta, abrió con cautela para dar paso a don Ruperto y al diálogo tantas veces tejido y entretejido.

—Ay Ruperto, mira nomás cómo vienes y mañana tienes que levantarte temprano para ir a juntar los periódicos; así no vas a poder hacer nada.

—Nomás no me alce la voz y deme un cafecito, eso es lo que me hace falta y no sus remilgos, dijo el viejo levantando una mano medio para atajar a la mujer y medio para equilibrarse.

—Pero si ya sabía, te lo dije Ruper, te va a hacer daño, mira qué horas son y tú ni saco traes, con el frío que está haciendo y tú nomás con la camisa. Ay Ruper mañana te vas a estar quejando todo el día y no te vas a querer mover, gemía Esperancita. Si ya te conozco, no sé por qué nunca haces caso a lo que yo te digo, te entra por una oreja y te sale por la otra. No te digo, ni que no te dieras cuenta que ya estás viejo, o qué, te sentirás muy joven, ¿no? Y yo que quedé de ir a casa de la Señora Mary para lavarle la ropa.

—Orale, nomás ayúdeme a desvestirme y llegar a la cama y a lo mejor hasta vaya estando más contenta, ya sabe, ¿no?

—Pero qué contenta voy a estar ni qué nada pues, hora que vea a mi compadre se lo voy a echar en cara. De a tiro es un borracho y a juerza te ha de encaminar, y tú, que ahí vas como sonso; ya parece. Como el compadre no tiene que chambear mañana seguro se queda echadote todo el día como puerco, como si no lo conociera. ¡Qué barbaridá!

—Qué véngase ni qué nada rezongó la hembra siempre ignorada y siempre presente. A ver mañana cómo te levantas pa'ir por los periódicos que te juntaron; y luego ibas a ir a medio día a ver si en la casa grande, ésa de allá, te regalaban una ropita, que güena falta nos hace. Pero si te ven así, tú crees que nos van a dar algo, ni los buenos días, terminó reprochando la mujer al irse metiendo a la cama con aire de enojo pero finalmente contenta de ya tenerlo ahí.

—Ora, ya cálese no; apague la luz no. ¡Pos ésta! Fueron las últimas palabras del viejo antes de empezar a roncar profundamente, como lo hacía siempre que el sueño tenía que cargar el obscuro y denso fardo de la borrachera.

*

¡Caramba don Jorge!, exclamó Eugenio del Villar. Usted sí que sabe vivir. El hombre del sillón cuyo concepto de la libertad consistía en hacer siempre lo que le viniera en gana, aun en perjuicio de otros, y quien jamás había sentido la solidaria felicidad de sacrificar algo propio en beneficio de

un culpable, y que en este caso, como en tantos otros, lo era el irresponsable, el borracho, el viejo, el pobre.

Yo ya ni me acerqué, aclaraba a del Villar que ponía cara de asombro. Me di media vuelta y me vine trotando hacia la granja. Unos trancos adelante voltié y vi que el viejo estaba tendido, que unos niños se acercaban y que ya el "Príncipe" venía atrás de mí, corriendo, con los ojos brillantes, la lengua de fuera y su cara de perro sonriente.



de lo que en realidad estuve. Del Villar manifestaba o simulaba interés, así que don Jorge lo tomó como una invitación a continuar, lo cual no le molestaba. El era siempre su tema favorito de conversación, se sintió en su elemento, acomodó los codos en el escritorio, echó una bocanada de humo y continuó: salió un poco tarde de casa además de que había algo de tráfico para llegar a la granja ¿Parece increíble no? ¿Tráfico para llegar a la granja! Ya la rodeó la ciudad. Ni yo lo creo, pero no es del todo negativo, ya que el metro de terreno anda ya por los mil pesos, lo cual no está nada mal. Además, todavía puedo pasearme a caballo casi en campo abierto. A unos minutos hay varios ejidos que sobreviven al empuje de la ciudad y esto me permite disfrutar de una buena cabalgata entre árboles y maizales; y le diré que para mí no hay nada mejor que empezar el día “ensillado”.

La risa del licenciado del Villar fue escuchada hasta afuera del privado. La secretaria y otro visitante que ya esperaba se miraron y encogieron de hombros, en mutua señal de no comprender lo que pasaba adentro.

*

Doña Esperanza se había levantado casi al amanecer, como todos los días de su vida. Al salir del cuartucho contiguo a la cocinita, el frío se le metió por bajo la piel, los pies se le negaron un poco, pero sobándose el brazo izquierdo con la mano derecha buscando combatir el frío, salió al patio a echarle unas tortillas viejas a los pollos y un poco de alfalfa

—Oh, ¿pos por qué no me habla temprano?, ora ya se me va a hacer tarde. ¡Qué no le dije que me hablara temprano!, recriminó el viejo zorro sabiendo que la mejor defensa es el ataque.

—Pos sí, te hablé, pero ni caso me hiciste. Si estoy duro y duro, pero ni querías voltear, contestó la misma voz de tantos amaneceres, de inicio de semana, voz de esperanza nunca perdida, de resignada pobreza.

—Ya voy pués. ¿Onta l'agua? Preguntó tambaleante. La buscó como siempre en una bandeja sobre una silla a medio patio. Se inclinó y la vació sobre cabeza y cuello. ¡Ay Carajo! fue la frase que siguió al resoplido. El agua está rete fría, ¿pos de dónde la sacaste ora?

—Pos de dónde va ser, de donde mismo. Le contestó la voz que con tono de respetuoso cariño y maternal regaño le insinuaba a echarse más.

El viejo-niño se acercó a la cocina protestando: está más fría que un carajo, ¡qué bruto! A ver si el café no está frío también. Se lo llevó a los labios decidido y lo retiró con violencia, el brazo se le hizo corto por lo lejos que quería mandarlo; escupió el oscuro líquido y refunfuñó: ¡Ah, que bruto, está rete caliente!

—Ora bébaselo, le cae bien, sonrió doña Esper.

así que borrachos sacan todas sus groserías, sus corajes y violencias internos.

*

—Ora pues viejo, ya váyase, apuró a don Ruperto su mujer; arréglese un poquito el pelo tan siquiera. Está bien que sea uno pobre pero de todos modos, exigió suavemente doña Esperancita. A mí ya se me hizo rete tarde, con tal que no me grite doña Mary porque eso sí no me gusta. Ya de por sí sus escuincles son bien majaderos conmigo. Nomás me aguanto porque doña Mary es gente y por la necesidad, pos ni hablar, decía la mujer dejando el delantal y jalándose el pelo hacia atrás con una mano en tanto que con la otra ayudaba a los dientes a abrir un rudo pasador. Bueno viejo, ya váyase, que Dios lo bendiga. Mire viejito ándese por la calle de atrás pa' que no pase frente a la iglesia, recomendó doña Esper, que si luego lo ve el cura no me deja de estar diciendo toda la semana. Ya lo vio usted que hasta el otro domingo lo dijo en el sermón; y yo ya no hallaba pues no me quitaba la vista de encima.

*

—En verdad que el “Príncipe” es también un perro fino, pero no permito que se cruce con los de la casa porque no tenemos pedigrí; parece pastor alemán hecho y derecho, y es muy listo, argumentó don Jorge que gustaba de rodearse siempre de lo que él llamaba “cosas buenas”. Además hay que aclarar que el perro me simpatiza, esbozó una sonrisa, es muy alegre, siempre va jugando con todo lo que sale al paso, pero me hace mucho caso. Tiene lo que se

puede decir una muy simpática personalidad.

Nos metimos por una de las callecitas del pueblo, de bajada. El perro iba adelante de mí como unos veinte metros, ladrando y peleándose con algún otro perro que furioso se encontraba tras alguna de las rejas de las antiguas granjitas que aún se encuentran por ahí. Hay gente, tornó a explicar el hombre desde su sillón, que vive con y de sus vacas y borregos, casi en plena ciudad. Es una mezcla muy interesante de campo y civilización moderna; sólo que esta gente no parece saber aprovecharlo, actúan como si no tuvieran sensibilidad, no lo ven. ¡Siempre andan tan sucios!, exclamó, levantando ambas manos, a lo que el licenciado Eugenio del Villar asintió profundamente convencido.

*

Pos nomás porque usted lo dice vieja, pero esa subidita ya se me hace muy pesada; luego hasta me tengo que parar para agarrar de nuevo el resuello —suplicó el viejo don Ruperto—, y pa'cabarla, por ahí pasan las vacas de don Julio y hay que ir rete abusado para ver'onde pisa uno, insistió. Pa'más, creo que agarré un aigre anoche porque como que me quiere doler un algo el lomo. Por acá, señaló con ambas manos atrás de la cintura dándose media vuelta y encorbándose un poco hacia adelante, por los riñones. Con tal de que no sea el mal que le pegó al difunto José que ya no se pudo levantar, concluyó entre dolorido y amenazante hacia la mujer por levantarlo temprano y mandarlo a trabajar.

—Ay Ruper, te lo dije viejo. El mal ése, que también es el que tumbó a Josecito, son los litros de cerveza que parece que hubieran hecho manda. Orale, ya váyase. Que no lo mire el padrecito. La mujer se movía de prisa, arreglando aquí un traste, espantando los animales, o dejando tendida la ropa en el patio, no paraba de hacer el cotidiano esfuerzo de poner las cosas de tal manera que la pobreza fuera más limpia, tan digna como posible.

—Ta'güeno Esper, me voy a ir por acá atrás, con tal de darle ese gusto, pero la mera verdá es que si me pasa algo. . . ¿Qué no lo podríamos dejar para otro día en que me sintiera un poco mejorcito?, suspiró el hombre al ir abriendo la puerta, buscando otra en la cara de su mujer que le permitiera quedarse a completar el sueño, aunque él sabía de la necesidad de ganarse dos o tres pesos en cualquier forma, pues vivían al día.

*

—En fin, es cosa de ellos, dijo don Jorge para no estar necesariamente de acuerdo con las continuas concordancias entre sus afirmaciones y los movimientos de la cabeza del hombre de negocios sentado frente a él. Lo cierto es que no me di cuenta del momento preciso en que el perro empezó a correr. Parece como si todo hubiera estado calculado. El perro salió disparado detrás de la vaca y como era de bajada iban muy rápido.

*

La calle era angosta, medio empedrada, medio polvorienta y con parches de delgado pavimento

sobre banquetas que existieron alguna vez. A los lados, tras los postes de luz de cuyos hilos se desprendían cientos de clandestinas arterias para alimentar radios y algunos televisores y tocadiscos, se vislumbraban vestigios de antiguas granjas. Viejas matas tras las rejas, macetas, unas de barro otras en latas de aceites enmarcaban abandonados patios.

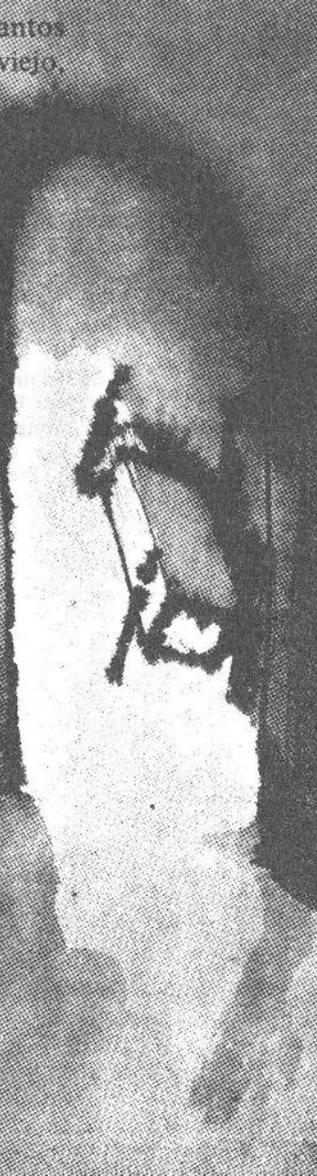
Don Ruperto venía subiendo penosamente, reoplando con la mirada clavada al piso que recibía los zapatos sin agujetas y abiertos por un lado. Cuando levantó la cabeza por los ladridos, vio venírsele la vaca encima. Por un instante fijó un par de ojos oscuros, enormes, con la mirada tan pura y hueca como la inerte pureza del retrasado mental. Por un instante dialogó con una cara estúpida que ahora al ritmo del loco galope se agachaba para golpearle el rostro a la altura del pómulo derecho. El golpe abrió la carne desde la nariz hasta la oreja y fue extendiendo en milésimas de segundo su ruido sordo hasta el fondo del cerebro. La cabeza invitó al cuerpo a bañarse en la tierra callejera; se fueron hacia atrás seguidos por una pezuña punzante, vengativa, que se hundió hasta el fondo del vientre reventando intestinos, quebrando costillas.

*

Francamente pienso que todavía vendría borracho, porque no es muy normal que a uno lo atropelle una vaca, afirmó el hombre desde su lujosa oficina teniendo tras de las palabras la idea de que en esas circunstancias desafortunadas siempre había

un culpable, y que en este caso, como en tantos otros, lo era el irresponsable, el borracho, el viejo, el pobre.

Yo ya ni me acerqué, aclaraba a del Villar que ponía cara de asombro. Me di media vuelta y me vine trotando hacia la granja. Unos trancos adelante voltié y vi que el viejo estaba tendido, que unos niños se acercaban y que ya el "Príncipe" venía atrás de mí, corriendo, con los ojos brillantes, la lengua de fuera y su cara de perro sonriente.



Se terminó el 27 de Febrero de 1980 en los Talleres de Editorial Penélope. Se imprimieron 1 000 ejemplares, más sobrantes para reposición.

Se utilizaron en su composición tipos

Press Roman de 11 y 8 puntos. Cuidó la edición Eduardo Hurtado.

Dibujos: Ilya de Gortari

